

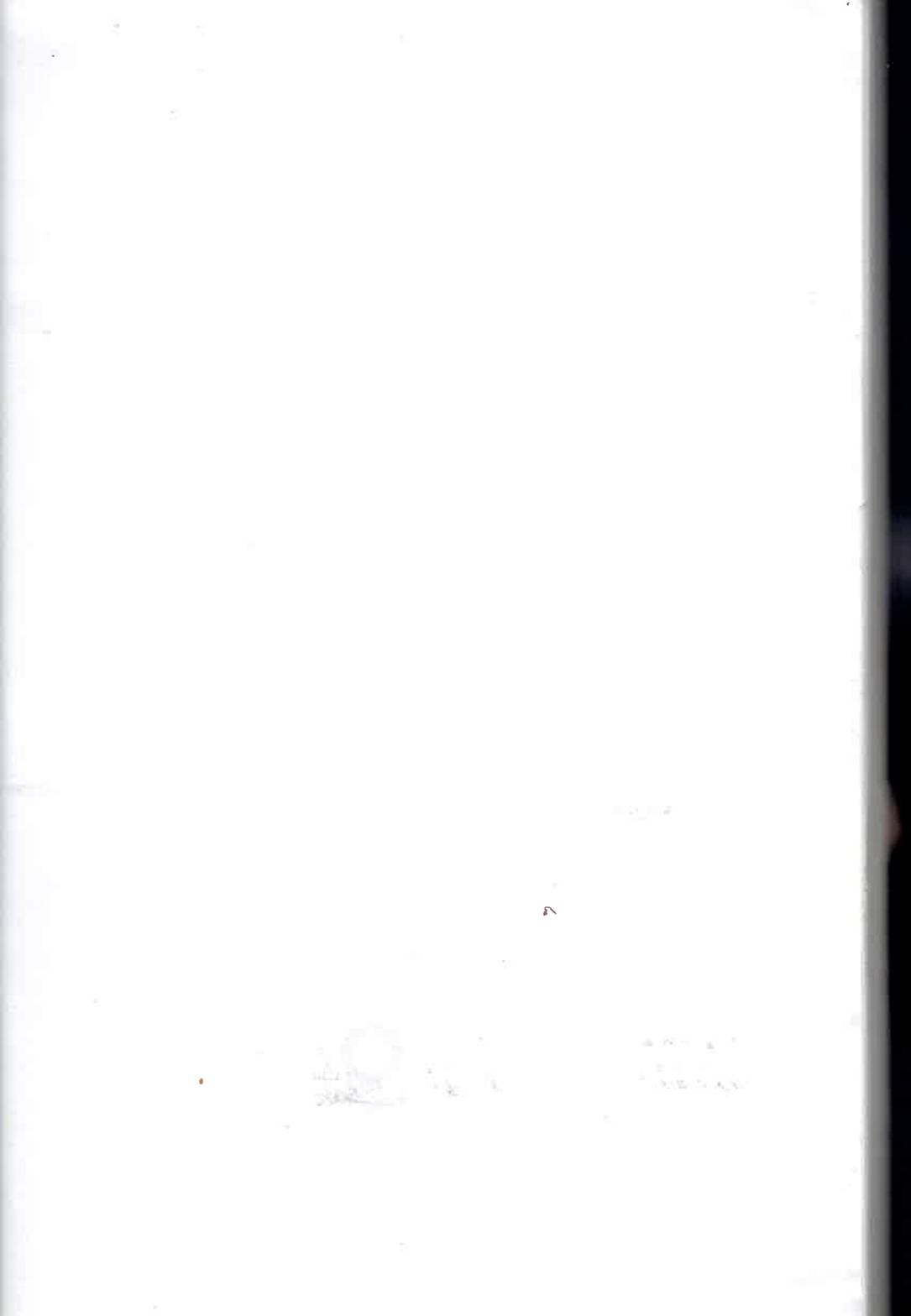
Sara Bertrand

# Ejercicio de supervivencia





**Sara Bertrand** vive y trabaja en Santiago de Chile. Estudió Historia y Periodismo en la Universidad Católica de Chile y ha trabajado en diarios, revistas y radios. Ganó la beca de creación literaria del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes con *Cuentos Inoxidables* y la de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano con *Los acordes del mandinga*. Además, el concurso Alimón de Tragaluz editores junto al escritor Francisco Montaña. Ha publicado en Francia, Colombia, Ecuador, Bolivia, México y Venezuela. Su novela juvenil *Ejercicio de supervivencia* fue traducida al francés.



© Del texto: 2013, Sara Bertrand

© De esta edición:

2016, Santillana del Pacífico S.A. Ediciones

Andrés Bello 2299 piso 10, oficinas 1001 y 1002

Providencia, Santiago de Chile

Fono: (56 2) 2384 30 00

Telefax: (56 2) 2384 30 60

Código Postal: 751-1303

[www.santillanainfantilyjuvenil.cl](http://www.santillanainfantilyjuvenil.cl)

ISBN: 978-956-15-2780-5

Impreso en Chile. Printed in Chile

Segunda edición en Santillana Infantil y Juvenil: febrero de 2017

5 ediciones publicadas en Chile por el Grupo Santillana

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Imagen de portada:

Shutterstock

Fotografías: Sara Bertrand

Fotografía página 109:

Domingo Valdés

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Sara Bertrand

# Ejercicio de supervivencia

SANTILLANA   
Juvenil

LIBRARY OF THE

# Ejercicio de Ejercicios

8

LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF  
MICHIGAN

ANN ARBOR  
MICHIGAN

*Para mi madre, ella sabe por qué.*

There are three main parts to this

1. The first part is the introduction  
2. The second part is the main body  
3. The third part is the conclusion

*Regreso porque entre tanto  
se me olvida mucho.*

*Francisco Hernández*

Handwritten text, possibly a title or header, located in the upper left quadrant of the page. The text is faint and difficult to decipher.

Handwritten text located in the lower right quadrant of the page. It appears to be a list or a set of notes, with some lines starting with numbers or letters.





## El camión

Hay que tener coraje para perder.

11

—Tan dramática que eres —dijeron, y en la mesa se escuchó la risa de los comensales. No aflojé:

—Cuesta perder, saborear la derrota.

Las risas fueron decayendo. Seguí:

—El sabor de la derrota es un gusto metálico y un sentimiento que lo tiñe todo. Ni siquiera te detienes a mirar lo que pasa alrededor tuyo, todo es tan lejano... y no es que no te importe, sino que vives en un tiempo sin tiempo, como si permanecieras en la pieza de un hospital con aire climatizado y luz artificial. Un outsider. Cuando finalmente cedés ante el desastre, cuando —para ponerlo en palabras dramáticas, como dicen— caes de rodillas y miras hacia ninguna parte para implorar «por qué a mí», dejás de pelear. Aun cuando lo que te espera sea peor que lo que estás viviendo. Pareciera que te rendiste y atravesas lo más duro, pero —no lo sabes en ese momento— comienzas a rehabilitarte. Como si la belleza y la fealdad fueran una misma cosa. Como si ganar y perder formaran parte del mismo proceso.

En la mesa pesaba el silencio.

Decidí entonces que era el momento de contarles lo que había pasado.

\*\*\*

12 El año en que salí del colegio, como ustedes saben, no entré a la universidad. Eso por supuesto que no estaba entre mis planes. No pude dar la PSU porque dos semanas antes me invitaron a un asado fuera de Santiago. Pero no llegué. Choqué. Literalmente, casi me mato.

Un camión perdió el control en una curva y se fue directo hacia mí. Recuerdo algunas cosas: sé que quise cambiar la música del Ipod, sé que me miré en el espejo y supe que Álvaro iba a volver conmigo; que anhelaba entrar a la universidad, que intuía una libertad próxima. La sensación de que, en adelante, sería plenamente yo.

Después, el camión viniéndose encima a una velocidad aterradora. No pensé que me iba a morir ni vi pasar mi vida en tres segundos. Nada. Intenté esquivarlo dando vueltas al volante en ciento ochenta grados. El camión me pasó por arriba.

Lo demás lo recuerdo como en un sueño: voces, el tufo a neumático quemado, el miedo a que el auto estallara, creo que incluso grité que el auto iba a explotar. La sirena de los bomberos. Una sierra. Más voces. El crujir de los fierros. La hoja metálica recortada en el horizonte y una luz encandilante. El olor a bencina como un río de sangre en mis narices, o tal vez efectivamente corría sangre por mis narices. Luces como rayos cayendo aquí y luego allá. «¡Mi cuello!», grité, «cuidado». Otra sirena, más penetrante. La imagen de una cara frente a mis pupilas. Una boca gruesa

moviéndose muda. Otra luz que me dejó ciega. Esa boca hablándome directo a los ojos. Preocupación. Preguntas. Intenté contestar y sé que mi voz sonó, recuerdo que la escuché, algo ininteligible dicho en gruñidos.

Luego, un corredor larguísimo y el sonido de unas ruedas pequeñas sobre baldosas discontinuas. La camilla atascada y el grito desahogado de los hombres que la conducían. «Ayuda», balbuceé. Llegaron otros. Muchas voces. Puertas que se abrieron como imantadas. El sonido de miles de utensilios sobre una mesa de metal... Quise estirar una mano, palpar algo, alguien, y entonces percibí un cosquilleo en el brazo, helado al principio, reconfortante después.

13

—¿Qué tienen? ¿Qué hacen? —pregunté, pero me costaba mover la lengua.

No sentí dolor, de hecho, no me dolía absolutamente nada.

Recuerdo una mascarilla que intenté zafar y un olor a desinfectante que me mareó.

—¿Por qué? —murmuré, pero una luz blanca como el sol recién amanecido me golpeó en la cara. Por fin daba con una puerta hacia la calle y dije:

—¡Vamos! —pero no había nadie conmigo.

Corrí hacia la luz. Luego, todo se oscureció.

\*\*\*

Desperté varios días después en la Unidad de Tratamientos Intensivos. La primera cara que reconocí fue la de mi papá mirándome con ojos llorosos. A su lado, mi mamá. Me apretó la mano y dijo:

—¡Gracias a Dios! —y también se puso a llorar.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Chocaste —contestó mi mamá.

Mi papá no hacía más que mover su cabeza derecha-izquierda, derecha-izquierda, con un puchero en la boca.

—¿Estoy bien? —quise saber.

—Vas a estar, vas a estar... —repitió mi mamá.

14 Los miré con desconsuelo. Ninguno de los dos parecía seguro de que fuera cierto. Mi mamá me dio muchos besos en la mano; entonces, descubrí que esa mano no era realmente mi mano sino un globo inflado y que sus labios eran una cosquilla lejana, apenas perceptible. Quise mover el cuello para observar de cerca la hinchazón, pero estaba inmovilizada por los vendajes. Algo andaba mal.

—¿Qué tengo?

El silencio se prolongó más de lo necesario.

—¿Me voy a recuperar?

—Vas a estar bien —insistió mi mamá, y desconfié.

Temí lo peor.

—Tuviste un accidente... —empezó a decir mi papá, y me fijé en que su puchero se transformaba en un movimiento rápido de olas—, un camión...

—Me acuerdo —lo interrumpí—, quiero saber qué pasó conmigo —sentí la garganta apretada y una sensación de mareo y frío.

«Angustia». Así describió los síntomas la psicóloga con quien conversé unos días más tarde: lo que tenía atascado en la garganta era angustia. Pero entonces, mientras mi mamá me sujetaba la mano y mi papá hacía pucheros, pensé que me ahogaba y grité:

—¡Me ahogo!

No sé de dónde apareció una escuadrilla de enfermeras que me tomaron el pulso, colocaron un termómetro en mi boca y me revisaron las pupilas. Cuando pretendieron que mis padres salieran de la habitación, les pedí que no.

—Más tarde —dijeron ellas.

Mi padre se enderezó y roncó:

—¡Déjenla en paz!

A regañadientes, las mujeres salieron de la pieza y él volvió a sus pucheros. Mi mamá fue breve:

15

—Te rompiste las dos piernas, te quebraste cinco costillas, una de ellas te perforó un pulmón...

—¿Voy a poder caminar? —la frené.

—Por supuesto —se apuró en decir y suspiró.

Poco a poco, el mundo comenzó a enrarecerse. No pregunté nada más. El nudo en la garganta se tradujo en lágrimas que me salieron a pesar de tener los ojos cerrados. Mi mamá dijo:

—Trata de descansar, Laura, necesitas recuperarte.

Y recordé a mi abuela: «La *politesse*, niños, la *politesse*<sup>1</sup>». Le gustaba hablar en francés a mi abuela y era enemiga de las lágrimas. A mí me costaba llorar enfrente de mis padres. Escondí la cara. Seguí llorando con los ojos cerrados. Quería que me dejaran sola, pero no dije nada. Supongo que me atajó la *politesse*.

\* \* \*

---

1 La educación niños, la educación.

La pregunta acerca del qué iba a ser de mi vida ni siquiera me la planteé. Pensé: qué son un par de huesos quebrados, y me convencí de que sería cosa de unos días, máximo una semana y continuaría mi vida. No imaginé que el accidente implicaría un cambio radical. Aunque si en ese momento hubiese sabido lo que se me vendría encima después del accidente, sinceramente, habría preferido quedarme en la 542 de la clínica y no dar la cara.

16 Cuesta vivir bajo la sombra de los anhelos, un camino imposible para mí entonces. Quizás si me hubiese resignado a no esperar. Pero. Esperaba, yo siempre esperaba.

El accidente me impidió estudiar Letras en la universidad. Quedé fuera. Aunque nada de eso lo sabía el día que desperté en la clínica. Ese día lloré por mis huesos rotos, por haberme perdido el asado en la casa de la Cata, porque mis amigas partirían de vacaciones. Lloré porque Álvaro me vería con la cara color violeta. Porque no me pondría bikini, pese a que llevaba meses a dieta. Lloré por cosas tontas y transitorias. Lloré por lo fugaz.



## Ricardo

18 Una mole de seis mil kilos me aplastó y lo resentí cuando abrí los ojos. Entonces vi la cara al dolor. Me había roto la tibia de la pierna derecha, que desapareció astillada junto a mi rótula, por lo que tendrían que injertarme una nueva. No me percaté de que hablábamos de la rodilla de un muerto hasta mucho después; mientras tanto, me estabilizaron gracias a un aparato de pernos y fierros que colocaron atravesándome la carne. Suena asqueroso y lo era. Las visitas más osadas miraron a través de las vendas; la mayoría prefirió pasar. Todavía era un juego para mí, todavía estaba anestesiada.

La pierna izquierda pintó mejor: una quebradura de seis centímetros en el fémur, fácil de reparar. El brazo derecho, en cambio, se rompió con exposición de hueso; esto es, un pedazo del húmero se asomó a la altura del músculo, por eso mi mano fue un globo inflado durante mucho rato.

A esto debí sumar los dolores de cabeza que me provocó el golpe contra el techo. Me volé buena parte del pelo y tenía un moretón que me fue bajando por la cara hasta pintarme la piel de todos los colores. Era el rostro de mi propia desgracia, y no quería que me vieran.

En la clínica tuve noches en cámara lenta, sueños conciliados a medias, enfermeras impacientes que aparecían con una píldora que me ponían en la boca y que escupía por acto reflejo y que volvían a meter por la fuerza hasta que la tragaba entre arcadas. Luego, caía rendida. No por mucho rato. Una hora o dos, máximo. Y otra vez la enfermera y otra vez me tomaban la temperatura, otra vez me escuchaban los latidos y peleaban por retener esa píldora que yo escupía.

No recuerdo sueños tranquilos. El doctor dijo que se debía a «dolores fantasmas». Dicho de otra manera: malestares alojados en el subconsciente como registro fotográfico del impacto. Mi cuerpo no era consciente del quiebre ni del sonido de mi propio quiebre y lo reproducía en la noche. O algo así.

—¡Por favor! ¡Por favor! —imploraba a las enfermeras que me dieran algo más fuerte y me hiciera dormir de corrido, pero ellas se negaban en susurros, reunidas como abejas para zumbar en mi contra.

Los dolores me acompañaron durante toda mi estancia en la clínica. Poco más de un mes; cuarenta y cinco días, para ser exacta. Sí, Navidad y Año Nuevo en bandejas de plástico y vasos con píldoras. Terminé odiando esa comida sin sabor y a esos doctores que contestaban con evasivas. Odié que no me dejaran sola, que me miraran con desconfianza. Odié que dijeran que entendería cuando fuera «mayor» y que vería las cosas desde otra perspectiva. ¿Cuán mayor se necesitaba ser para entender? Y por otra parte, ¿qué era lo que tenía que entender? ¿Que había chocado, que me habían rasurado la cabeza y clavado unos pernos en la pierna de lado a lado, que no

podría moverme sin ayuda, que quizás cuánto tardaría en cicatrizar esa tremenda herida que tenía en el brazo y en la cabeza? No, no entendía qué era lo que no podía comprender a los diecisiete (casi dieciocho) años. Y es que hay algo condescendiente en el trato a los pacientes, algo poco serio. ¿Quiere una lechecita? ¿Le pongo una almohadita? ¿Va a dormir un ratito? Me enfermaba. Las clínicas enferman.

20 Aunque, sin duda, lo que más odié fue mi propia invalidez, la incapacidad de moverme por mí misma y lo que esa situación me generaba, pues ni siquiera podía ir al baño sola. Y la silla de ruedas, que en algún momento imaginé como redentora, fue otro tránsito difícil. La torpeza con que la manejaba me supuso horas de sudor. Así es que la famosa «alta médica» se transformó en el Santo Grial, la promesa de salir de ese ambiente aséptico y volver a mi casa.

\* \* \*

El verano se me hizo eterno. Quizás lo único que me salvó fue conocer a Ricardo.

No, no tuve un flirteo con él ni nada parecido, nos conocimos en las sesiones del grupo de pacientes en proceso de trasplante traumatológico (GPPTT). Fue cuando me enteré de que necesitaría un donante. Un muerto. Es el tipo de noticias que se recibe con sentimientos encontrados. Es decir, ¿cómo se espera algo que se necesita pero que no se quiere? Necesitaba una rodilla, una tibia, pero, ¿de un muerto? ¿Cómo prepararse para algo así?

En las primeras sesiones me instalé en un rincón

apartado y miré a todos con cara de odio. No tenía escapatoria, las reuniones del GPPTT eran requisito para acceder al trasplante.

Mi mamá me llevó a la primera reunión. Todavía tenía la cara morada y usaba camisa de dormir y bata. La retuvieron en la puerta:

—Solo pacientes —dijo la mujer de la entrada.

Mi vieja la miró con furia. Okey, dije yo. Con alivio —debo admitir—, porque entonces mi mamá se había vuelto muy aprensiva, aparte de llorona, y de solo imaginarla contando su versión sobre «lo ocurrido» me daban ganas de vomitar.

—Llámame cuando termines —me pidió ella.

—Yaaa —era vergonzoso ver a mi mamá haciendo de mamá.

—Recuerda: no hagas demasiada fuerza —me aleccionó.

—Vaya tranquila, señora, nosotros la ayudaremos —insistió la mujer, pero mi mamá ni siquiera la miró.

—Relájate, mamá —quise calmarla, pero no se iba a relajar. El camión le quitó esa posibilidad durante mucho tiempo.

Entré batiéndomelas como pude para controlar las ruedas de mi silla que giraban sin ton ni son. Éramos siete personas. Siete cuerpos carentes: una tibia, una rótula, un húmero, a todos nos faltaba algo. Una psicóloga con cara de quierosertuamiga nos recibió apretujándonos las manos. Pensé que iba a llorar (ella, no yo). Nos invitó a sentarnos en semicírculo y dijo que los golpes hacían crecer, que íbamos a madurar, que saldríamos de ese trance convertidos en mejores personas, porque en todo

lo malo había algo bueno. Un montón de clichés, nada nuevo. Luego, con la misma cara de amiga, nos instó a presentarnos. Como veterano de esas lides, Ricardo fue el primero en hablar. Dijo que era deportista —o que había sido, aclaró— y llevaba más de un año aporreado por su rodilla. Levanté la vista. Ricardo se arremangó el pantalón: una protuberancia roja del porte de un melón coronaba su pierna.

22 Su caso era complejo, pues de resultar lo que proponía su médico, debía someterse a un segundo trasplante. Pero él todavía sufría con estoicismo (eso no lo dijo, lo entendí después) los problemas que le había causado el primer trasplante, así es que quería amputarse la pierna desde la rodilla hacia abajo. Por esa razón su caso llegó a manos de la señora psicóloga con cara de empatía: la idea era hacerlo cambiar de opinión.

Él, por su parte, quería correr, esquiar, andar en moto y usar otra cantidad de aparatos sobre ruedas, pero la rodilla siempre se infectaba o inflamaba y, fuera por esto o lo otro, cada tres semanas estaba de vuelta en la clínica, vuelta a las radiografías, a sacarse el líquido que se acumulaba y ya ni siquiera podía apoyar la pierna.

Lo que más le mortificaba era su relación con el dolor. Nada calmaba los calambres que le atravesaban la pierna. Entonces se volvió adicto a la morfina. Tenía veintiocho años, pero hablaba como un anciano: «La vida con dolor, no vale la pena».

Cuando nos contó sobre las ventajas que imaginaba al amputarse, salté:

—¿Qué? —casi grité. De todos los escenarios posibles, nunca pensé que alguien querría cortarse media pierna.

Él sonrió, como si estuviera acostumbrado a que le ladraran.

—Créeme, es mi mejor opción —dijo, y todos suspiramos un «ohhh».

Entonces, una niña que estaba frente a nosotros preguntó:

—¿Eso pasa mucho con los trasplantes?

Nos volteamos a mirar a la señora psicóloga. Ella respondió compungida:

—Lamentablemente, ocurre. Varía de caso en caso, pero ocurre.

23

\* \* \*

Mi madre me esperaba afuera cuando salí. Tomó la silla y me alejó tan apurada que no pude despedirme de nadie. Me llevó a la cafetería y yo seguía en bata y pantuflas. Como si quisiera quitarme un chicle que se me hubiese pegado en la piel, me sobó las manos y me acarició el pelo.

—Estoy bien —le dije.

Ella no contestó y siguió sobándome mucho rato. A veces los padres necesitan de uno, por lo que me dejé abrazar como peluche.

Durante ese tiempo mis papás nunca se mostraron más cariñosos. Y preocupados. Pero los odié. Quizás ni siquiera tuvo que ver con el accidente o con la torpeza de mis piernas rotas, sino con la vida que habíamos construido juntos. Era hija única de un matrimonio de profesionales que trabajaban muchas horas fuera de casa y la independencia con la que crecí se vio restringida al ciento por ciento durante esos meses. Ustedes saben, en mi casa me mandaba sola, me cocinaba y comía lo que

se me diera la gana e invitaba a las amigas que quería; y ahora —de repente— se turnaban para acompañarme. Se sentaban en mi pieza y me miraban con cara de «¿y sobre qué vamos a conversar?». Con mi mamá se producían silencios incómodos; la verdad es que nunca tuvimos demasiados temas en común, somos de gustos tan diferentes... pero ahí estaba, dispuesta a recuperar ese tiempo en el que crecí sola, los años que prescindí de su ayuda. Ya era tarde. Y no, no me interesaba ver la película que había arrendado camino a casa ni quería comentar el libro que estaba leyendo. Me sofocaba.

Y luego, para mi pesar, llegaban mis primas con el color fascinante del verano y mis ojeras eran kilométricas. Se quedaban mirándome sin saber qué decir. Después de un rato, preguntaban con cara de asco:

—¿Estás bien?

—Tal como me ven —respondía, y la cicatriz que tenía en la cabeza hablaba por sí sola. Digo, era suficientemente vistosa como para producir arcadas, incluso sin necesidad de asomarse al encatrado de mi pierna.

Decididamente, Ricardo me salvó el verano.

## Flashback

25

Me he preguntado mucho por qué me gusta un hombre y no otro. Me pasó con Álvaro, cuando lo conocí en el cumpleaños de la Ale, ¿se acuerdan? Fui con Gonzalo, lo pasábamos bien juntos. Aunque, tal vez, yo lo pasaba mejor que Gonzalo, quien tenía la idea de que seríamos algo más. Lo sé, no era guapo. Tenía ojos saltones y una cara demasiado larga para su porte, pero era entretenido. A veces se ponía hostigoso y comenzaba con que me gustas, dame un beso, por qué no pololeamos, y yo corriéndome con que estamos bien, para qué pololear y complicarnos si somos buenos amigos, pero él volviendo con el mismo tema, acercándose disimuladamente a un extremo de mis labios y, a regañadientes, me robaba un beso.

La cosa terminó mal. Cuando me involucré con Álvaro, Gonzalo se enojó. Quise aclararle que nunca esperé otra cosa de él, que siempre lo miré como amigo. No escuchó. Apareció por mi casa con cara de insultos que no dijo y se llevó todas y cada una de las cosas que me había prestado o regalado. Se llevó incluso una camisa floreada que me compré en Patronato una vez que fuimos juntos. Es mía, alegué. No me hizo caso; de alguna manera, consideró que nuestra historia le pertenecía.

Claro que antes de ese final fue el cumpleaños de la Ale. La fiesta no estaba buena y Gonzalo se encontró con un amigo y se puso a conversar. Entonces descubrí que un tipo me miraba. Nunca lo había visto, no era amigo de mis amigos y no sabría decir si me gustó por la manera como me miró o por lo guapo que era.

Las risas volvieron a la mesa, pero se apagaron de inmediato.

26 Tenía buen porte y esos ojos de una profundidad abrumadora, como si les cupiera el hambre del mundo. Desde que lo descubrí mirándome, todo cambió. Sentí un cosquilleo extraño, una presión en las mejillas y empecé a actuar consciente de mis pasos, de la liviandad de mis piernas delgadas, de la curvatura de mis jeans a la altura de los muslos. Hablé más alto, reí más fuerte y me pareció que la fiesta estaba buenísima, a pesar de que seguía igual. La intensidad de sus ojos me alentó. Quería acercarme a él, pero no lo hacía. Tampoco lo soltaba del todo. Me explico: lo rodeaba de lejos, apareciéndome ahí, luego allá. En una de esas me sacó a bailar. Después de un par de canciones, nos fuimos a la terraza. Gonzalo se incorporó de repente, comenzamos a conversar los tres y yo hice como que me interesaba y preguntaba y reía, aunque no sabía de qué estaban hablando. De reojo espiaba a Álvaro, sus ojos, su nariz, su boca. Sobre todo eso. Al rato, Gonzalo me tomó de la mano para que fuéramos a bailar. Le dije que no. Se puso colorado.

—Laura, no seas pesada, vamos —insistió.

Me quedé inmóvil. La mano de Gonzalo perdió fuerza, dijo que iría por una cerveza y me soltó. No volvió más. La fiesta se redujo a Álvaro y yo. Nos sentamos en una escalera y el tiempo se hizo humo.

Me contó que le gustaba andar a caballo y que tenía dos pastores alemanes: Hipólito y Antíoque. ¿Y esos nombres?, pregunté. Me gusta la historia griega, dijo. A mí me gustan los perros, le respondí. Dijo que confiaba en los hombres que amaban a los perros. ¿Cómo así?, le pregunté. Contestó que los perros eran animales inútiles, que ni para comerlos servían; entonces, como ningún otro animal, ponían a prueba la calidad de sus dueños. Luego dijo que estudiaba Ingeniería. ¿Ingeniero? Me sorprendió.

27

—¿Qué hay de malo?

—No sé, no tienes cara de ingeniero —le dije.

—¿Y cuál es la cara de los ingenieros? —coqueteábamos abiertamente.

—No sé, son tan cuadrados.

—Con que cara de cuadrado, ¿eh? —reclamó y yo quise abrazarlo, me sentí tan cercana a él, tan cómoda, como si lo conociera desde hacía mucho.

En algún momento la Ale llegó a interrumpir nuestra conversación y recién entonces me di cuenta de que la fiesta había terminado, que Gonzalo se había ido sin despedirse, que no quedaba nadie. Álvaro se levantó y se despidió de nosotras. La Ale me guiñó un ojo cuando cerró la puerta.

—Cuéntamelo todo —alcanzó a decir, y la interrumpí.

—Espera —dije, y sin resistirme, corrí detrás de Álvaro y le grité:

—¡Álvaro!

Él se dio vuelta.

—Me gustó conocerte —y volví a la casa.

El lunes, a primera hora de la mañana, la Fran me contó que Álvaro le gustaba a la Catalina Mayo, una niña del paralelo. Según ella, la cosa estaba bastante encaminada y era conveniente retirarse antes de que pasara a la historia como la que le quitó el novio a la Catalina.

28 Tres días después, Álvaro me mandó un mensaje privado por Facebook preguntándome si quería salir con él. Mmm, tuve ganas de preguntarle por la Catalina Mayo. Pero, en cambio, fuimos a tomar helado. Me pasó a buscar como a las tres, estaba nerviosa; de hecho, apenas pude tragar el almuerzo. Sin embargo, cuando abrí la puerta y lo saludé, sentí que él era mi casa. Sé que suena extraño, pero Álvaro tiene esa cualidad: me devuelve a un lugar conocido. Me imagino que es la naturalidad que tiene para relacionarse, ¿no? Tan cálido, tan sin complicaciones.

Después de los helados, me propuso que viéramos una película. Le gustaba el cine, creo que eso me emocionó igual que su calidez. Y como si quisiéramos asegurarnos de hasta qué punto compartíamos el mismo vicio, escogimos la película más extraña de la cartelera. Un reto a nuestra afición. Se trataba de un niño gris, un pequeño anciano que vivía encerrado en su cuarto por miedo a contaminarse de colores.

Salimos con el corazón entre los dedos y una necesidad de cacao a la vena. Corrimos al primer quiosco a comprar chocolates y volvimos caminando sin parar de conversar. Para cuando nos despedimos, sabía que lo volvería a ver. De hecho, pasó al día siguiente con la excusa de prestarme

un libro del afamado director de cine alemán que nos había acomplejado con su niño gris. Ahí fue cuando me contó que tenía «algo» con una niña de mi colegio.

—¡Hey! No tienes que decirme nada —repuse.

—Es que quiero contarte —dijo él.

—Prefiero que no, ¿para qué? Igual entre nosotros no pasa nada —qué canalla me sentí.

Pero Álvaro logró su *touché*, para usar una expresión de mi abuela, y dijo:

—Sé que no pasa nada, por lo mismo quería que supieras.

Glup.

—No te preocupes, dejémoslo así —contesté, quería hundirme en mi cama.

—Laura —enrojecí al escucharlo—, a mí también me gustó conocerte.

—Dale —respondí sin mirarlo.

¿A qué jugábamos?

Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Cuídate —me susurró al oído.

—Ajá —fue mi respuesta.

Entré a mi casa y me fui directo a mi pieza.

## Injerto

30 Uno puede prepararse de mil maneras para lo que viene, pero la realidad siempre supera a la ficción.

Salí de la clínica en silla de ruedas, y aunque fueron escasas veinte cuabras en ambulancia, pensé que me moriría. Vértigo al movimiento, pánico al cemento, a la calle, al encatrado que sujetaba mi pierna, terror a que los pernos se engancharan y se salieran de cuajo. Así es que aterricé en mi cama llena de dolores, disminuida, furiosa. Mis papás no sabían cómo consolarme y yo no sabía qué quería. Me ardía la pierna, la cabeza me zumbaba y sentía agujetas en cada uno de los puntos. Bramé de dolor. Había fantaseado tanto con volver a casa y la satisfacción duró exactamente un día. Al segundo quería arrancar del encatrado, de las vendas, recuperar mi rodilla y correr, salir de Chile, irme tan lejos que nadie me viera. ¿Por qué? Supongo que esa autosuficiencia que practiqué durante años me malacostumbró. Quería salir adelante sin que nadie me dijera cómo y era imposible. Ni siquiera podía moverme sin ayuda.

Además, las visitas, que en la clínica eran limitadas, llegaron por miles a mi casa y me pasaba horas sin ir al baño, aguantándome las ganas mientras escuchaba a mis tías

contar anécdotas sobre las vacaciones que no pude disfrutar. Todas se veían felices, tan cariñosas. Tan odiables.

La única que me consolaba de veras era mi abuela Carmen. Ella y su *politesse*.

Como un reloj, tocaba el timbre a las nueve de la mañana, justo cuando mis papás partían a la oficina, y se sentaba en mi pieza con su tejido. Se preocupó de que comiera sano, de que durmiera siesta, de que leyera lo suficiente para «sacudir el mate». También, y cómo no, jugábamos cartas. Mi abuela era timadora, no había nada que hacer. Las cartas eran su quinto elemento, el agua donde navegaba a sus anchas y, a falta de otro contrincante más versado, se ensañó conmigo. Le gustaban los casinos, especialmente el de Viña del Mar, pero no tuvo corazón para abandonarme durante esos meses, así es que como gran promesa del verano, me dijo que apenas apoyara los pies iríamos a «jugar una mano». Tenía una cábala: si llegaba a Viña con sol radiante, apostaba sobre veinte mil pesos; si estaba nublado, diez mil y ni un peso más. La última vez que llegó con sol radiante ganó noventa y cinco mil pesos, y como la plata ganada, según decía, era para disfrutarla, se fue al Cap Ducal, pidió un pisco sour, se comió unas machas a la parmesana y como plato de fondo unos tallarines con salsa margarita. La siesta la tomó en una reposería en la terraza del restaurante, y cuando se despertó, pidió un taxi y volvió a la estación de trenes. Así, con la esperanza puesta en el juego, hizo todo lo que estuvo a su alcance por mi «rehabilitación».

Pero a medida que pasaba el verano y que mi pierna sin rodilla perdía hinchazón y ese color negro azulado que tuvo tras el golpe, comenzó a hacerse real algo que,

hasta entonces, había sido puro surrealismo: necesitaba una rodilla nueva. Necesitaba un muerto. Necesitaba que un joven parecido a mí en peso y estatura muriera. Era desear demasiado. No podía mentalizarme para algo así. ¿Cómo se pide que alguien muera?

32 No lo hice. De hecho, evité enfrentarme a esos sentimientos hasta el día en que me encontré de vuelta en el pabellón. Por supuesto que la señora psicóloga redobló sus sesiones y me instó a ir dos veces por semana. Al grupo de siete que éramos inicialmente en el GPPTT, se habían ido restando y sumando nuevos pacientes conforme los daban de alta y aparecían nuevos aspirantes. A mí solo me interesaba Ricardo. Me gustaba escucharlo y nos hicimos amigos.

Nuestros procesos eran inversos: mientras yo intentaba conciliar la idea de recibir una rodilla nueva, Ricardo se mentalizaba para perder la suya. Todos los esfuerzos de la señora psicóloga por convencerlo de lo contrario, fueron inútiles. No estaba dispuesto a pasar por un nuevo trasplante.

No he conocido a un hombre más tozudo que él. Tampoco a uno de mejor corazón. En medio de una de esas sesiones, supe su historia.

Había estudiado Ingeniería Comercial y después de trabajar de sol a sol para una megaempresa, decidió asociarse con un antiguo compañero de curso para instalar un café-restaurant —el Lucafé— en Providencia. El negocio era pequeño y lo suficientemente rentable como para financiar sus horas de deporte. Escalaba montañas, hacía paracaidismo, competía en carreras de motos enduro y, por supuesto, andaba en *skate*. Y todo marchaba

bien. Hasta el día en que perdió el equilibrio en un cerro y cayó con moto y todo por un precipicio. Nadie sabe cómo se salvó. Él recuerda que en algún momento soltó la moto y la escuchó rugir en el aire; después aterrizó en el suelo como un ovillo y así quedó: enroscado y tullido, con la vista perdida en el cielo. Quiso llorar, pero en vez de lágrimas sentía arena en los párpados y ni una palabra le salió por la garganta. Pese a todo, siguió con la vista perdida en la inmensidad del cielo, de un azul tan intenso que se le clavaba dolorosamente en las pupilas. Para cuando llegaron a rescatarlo estaba inconsciente. Despertó unos días más tarde en el hospital.

33

Entonces vino el trasplante y comenzó su tortura. Una historia que prefería obviar porque era una suma de fracasos, dijo.

Ricardo pololeaba con Romina, diseñadora independiente que lo cuidaba como si fuera su mamá y, al igual que él, estaba convencida de las bondades de amputar. Una vez nos pasó a buscar a la clínica para ir al Lucafé. Mi mamá estaba tan nerviosa que se ofreció para llevarnos. Romina la miró con desconcierto.

—No pasará nada —dijo, tratando de calmarla.

—Eso nunca se sabe —respondió mi madre, con las lágrimas a punto de estallar.

Preferí subirme al auto de Romina.

El Lucafé era un restaurante con capacidad para quince personas y en la entrada colgaba la advertencia «Se permite fumar». Los clientes eran todos conocidos de Ricardo y su socio. Esa era la idea, me contó. Un bar-café-restaurante en el que te sintieras como en casa. Tenían una cocina chica y ofrecían platos sencillos: pizzas, en-

saladas, sándwiches. Había gente que se instalaba en la mañana con su computador y celular, y no se paraba hasta la tarde. Lo ocupaban de oficina. Esa tarde, cuando llegamos, Ricardo se ubicó detrás del mesón como barista y nos ofreció unos cortados aromatizados. Avellana y polvo de chocolate fue mi opción. Esa misma tarde, también descubrí la metamorfosis que se producía en él mientras preparaba tazas y combinaba cafés. Se le iluminaban los ojos, pintaba cada espuma del café con un dibujo distinto y bromeaba con sus clientes. Detrás de la barra era feliz. Parecían imposibles sus noches de insomnio y dolor, su adicción a la morfina y su incapacidad para hacer todos los deportes que añoraba.

Romina me pasó a dejar como a las ocho de la noche. Mis papás salieron a recibirme y se ocuparon del encatado y de la silla. Mi madre se apuró en despedirse de ella, como si quisiera eliminar el rastro de su propio mal rato. En mi pieza me ayudaron a meterme a la cama, me trajeron un sándwich de jamón con queso y un yogurt, y se quedaron mirándome mientras comía.

¿Qué había hecho para merecer esto? La pregunta me torturó durante mucho tiempo.

\*\*\*

La primera semana de marzo apareció el donante. Entre que llamaron a la casa y estuve en pabellón, transcurrieron menos de diez horas. No hubo solemnidad ni momento de introspección. No hubo tiempo para nada.

Lo había imaginado tan diferente.

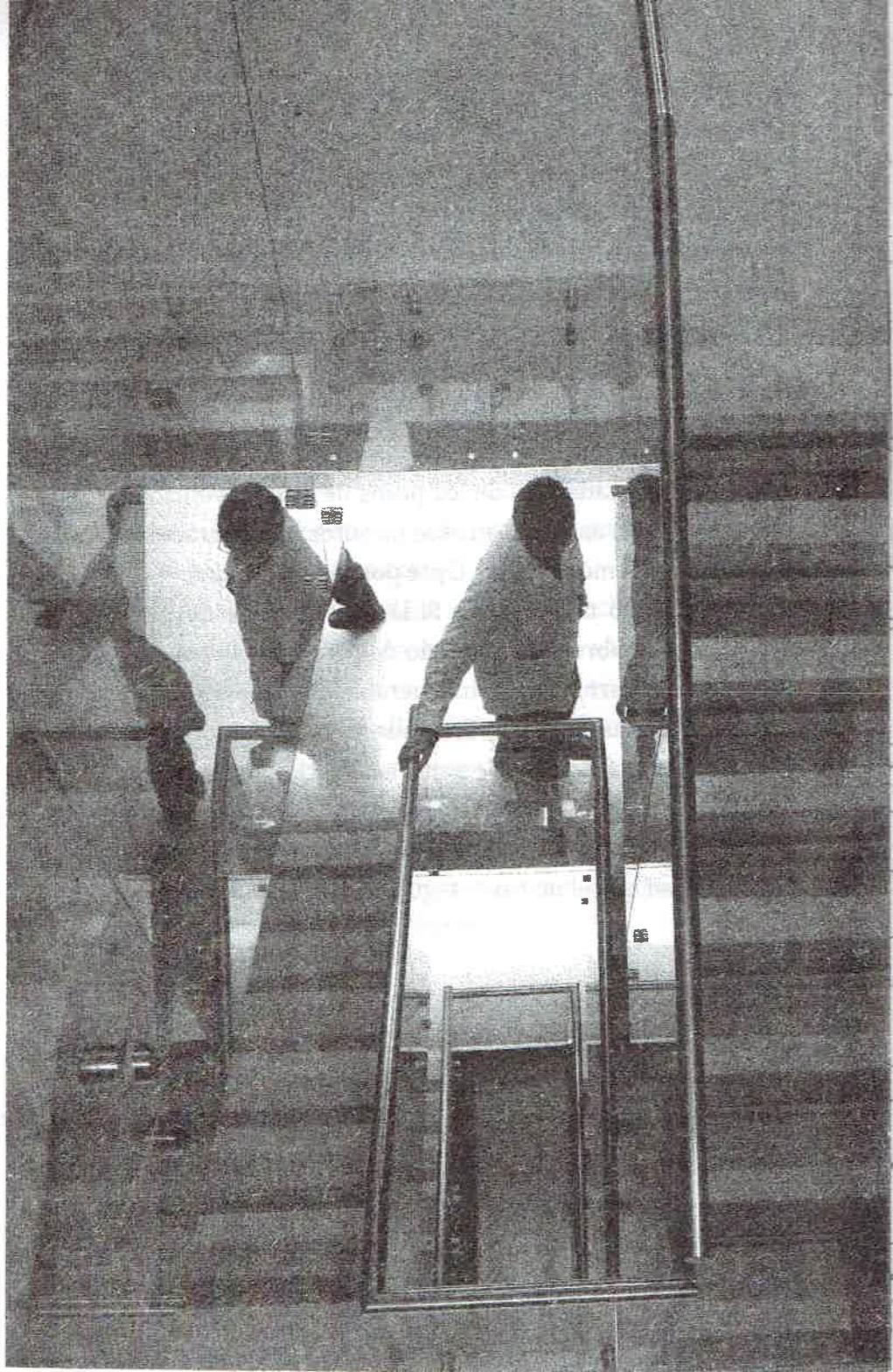
En cambio, se trató de un rutinario procedimiento

médico, una cirugía cuyo único apuro era hacerla antes de doce horas. Y nuevamente estaba en el quinto piso, con camisa de dormir y bata. Nuevamente mis padres me miraban con angustia. Nuevamente mi madre me sobaba la piel con saña, como si quisiera sacarme algo que tuviera pegado. Nuevamente, mi papá y su puchero.

En la unidad de enfermería había nerviosismo, cierta adrenalina. El doctor hizo un comentario, al parecer divertido, y las enfermeras rieron. Yo miré como si asistiera al espectáculo de otro. Me pusieron un catéter y me explicaron cada uno de los pasos de la intervención, como si pudiera asimilar en esos minutos la espectacularidad de lo que me rodeaba. Opté por cerrar los ojos.

35

No recuerdo mucho más. Sí la sensación de despertar y saberme libre del encatrado de pernos y fierros que atoraban mi pierna y de lo insuperable que resultó poder moverla bajo las sábanas. Creo que ese fue el momento más tranquilo del año. Me sentí agradecida, con suerte también. Un chico de mi edad había muerto atropellado y la familia me donaba su rodilla para que yo tuviera la oportunidad que él no tuvo: seguir adelante.



## Enredo

37

Hubiese preferido que Álvaro resolviera su «asunto pendiente» antes de volvernos a ver, pero el «asunto» se me fue encima en el cumpleaños de Federico. Ahí estaba la Catalina Mayo, y desde que entré en escena me miró con ojos asesinos. La Fran, que tiene alma de alcahueta, llegó corriendo y me contó con lujo de detalles sobre mi supuesta amenaza: la Catalina Mayo decía que yo me había interpuesto entre Álvaro y ella, que era una fresca y otra cantidad de tonteras. Quise encararla, pero la Fran me paró en seco:

—¿Estás loca?

—¡¿Y qué se cree...?! —repliqué.

—No le hagas caso, no vale la pena.

Se me hizo difícil, porque me acercaba a la mesa del comedor y... silencio. Después de un rato, una vocecilla casi tiritona saltó en medio de la oscuridad para saludar.

—Hola Laura —saludó la Mayo.

Era la voz de la vergüenza, de la traición. ¿No tenía tantas cosas que decirme? En cambio, permaneció amparada por su grupo de amigas. Me limité a gruñir:

—Mmm.

Creo que esa noche contesté con «mmms» cada vez

que me preguntaron algo. La Catalina Mayo fue mi sombra, una nube a mis espaldas, escondida la muy cobarde en medio del murmullo, así es que tuve que guardarme las ganas de caerle encima. Álvaro, en cambio, intentó acercarse.

—¿Quieres ir al cine mañana? —me preguntó de repente.

—No, no tengo ganas —respondí.

—¿Qué te pasa?

38 —¿Por qué no le preguntas a la Mayo? —lo increpé y me arrepentí.

—¡Estás celosa! —contestó con picardía.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No sé, dímelo tú.

¡Uf!

La noche terminó tal como comenzó: abrupta y amarga. *What the fuck!* Lo que más resentí cuando me metí a la cama fue haber sido tan bruta con Álvaro. ¿Qué culpa tenía él? Pensé que no lo volvería a ver y que la bruja de la Catalina había logrado su cometido: «Quedarse con él», gruñí entre dientes.

Bah, a mí qué me importaba. Pero me importaba.

Ese sábado desperté temprano y me sentí una tonta, tal vez la Mayo tenía razón y era mejor hacerme a un lado. Por suerte, Álvaro apareció por mi casa y puso fin a las películas que me había pasado.

—¿Cómo estás?

—Bien —respondí colorada como tomate.

—¿Quieres salir?

Me moría de ganas, pero me pareció desesperado.

—No puedo, tengo que estudiar —contesté.

Era una mentira a medias, porque la verdad es que ese año —cuarto medio— empeñé muchas horas estudiando, no solo para el colegio sino también para la PSU.

Él dudó unos segundos.

—Ah, bueh, entonces será para otro día —dijo y dio media vuelta.

Casi me muero, ¿cómo retenerlo?

—¡Hey!, pero podríamos ir en la tarde... —intenté salvar.

—Te llamo —me dijo.

39

Pero no llamó. Me dejó esperando una semana entera. Una semana en la que pensé que no lo volvería a ver y que tendría que encontrármelo tomadito de la mano de la Catalina. La vida era cruel. Y la imaginación hace estragos.

Ocho días después, apareció en mi Facebook invitándome a una fiesta en su universidad. «¿Solos, tú y yo?», le pregunté, y él contestó que podía llevar una amiga si es que quería. Uf, qué manera de enredar las cosas. Le dije que no. Que solos estaba bien.

Supongo que ninguno estaba para sutilezas. Fuimos directos, fuimos arriesgados, fuimos ansiosos. En la entrada me tomó de la mano y yo la rodeé con la mía. Me acerqué, le di un beso en la mejilla y me quedó mirando.

—¿Y eso?

—Estoy feliz de verte —contesté.

Nos pusimos a bailar; apenas había espacio. La fiesta estaba completamente sobrevendida y nos teníamos que mover muy cerca uno del otro. Mis manos rozaron su brazo, las suyas me tocaron la espalda. Su cara estaba a centímetros de la mía. Dijo que le gustaban mis ojos,

le contesté que los suyos también. Porque, ¿cómo decirle todo lo que me provocaba su mirada? Me apartó el pelo de la cara y me acarició la mejilla.

—La bonita eres tú —me dijo—, y lo sabes.

Me sonrojé.

—No, no lo sé —contesté, y él se me acercó más y me dio un beso en el cuello.

Sentí un escalofrío.

—¿Viste? —dijo.

40

—¿Qué? —le pregunté.

—Te pusiste roja.

Me reí y él aprovechó el momento para besarme. Sus labios eran tan suaves.

## Azulado

41

Dicen que los muertos hablan. Y no me cabe duda. Unos días después de la fiesta, Álvaro me llamó. Estaba mal, se le escuchaba mal. Su amigo Juan Carlos se había ahogado buceando en Bahía Inglesa. Dijeron que no sufrió, que apenas se habría dado cuenta, que se quedó dormido por falta de oxígeno. Lo descubrieron unos pescadores de la zona. No supe qué decir y le pregunté:

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Lo harías?

—Voy para allá.

Fuera de la capilla, sus amigos estaban igual de choqueados que Álvaro. Parecía mentira que Juan Carlos estuviera muerto. De un minuto a otro. No lo volverían a ver. Imposible.

Alguien contó que habían almorzado juntos hacía una semana, que le mostró sus fotos, ese registro de pescadores del norte en el que trabajaba, eso dijo. Otro contó que Juan Carlos le había mandado un mail para preguntar si quería acompañarlo en su recorrido por las caletas nortinas. No alcanzó a contestar y ahora era tarde.

Las historias eran similares en su sorpresa y desconcierto. Mientras escuchaba, me dejé llevar y de pronto,

sin saber muy bien por qué, estaba en la fila que iba hacia el ataúd, lejos de Álvaro y sus amigos. Caminábamos lento. Se escuchaban llantos, su polola estaba rodeada de sus amigas, tenía la cara roja y los ojos hinchados. Sentí una puntada en el pecho, el lugar estaba repleto de gente, las persianas cerradas y la luz entraba por la puerta a medio cerrar.

42 De repente, lo tenía enfrente: su cara azulada, su boca semiabierta y una expresión de angustia que no he olvidado. No lo había conocido, pero podía imaginarlo con vida. Me acerqué otro poco, nunca antes había visto un muerto: la piel inerte, casi transparente, como si fuese de cera. Sin darme cuenta, estaba tan cerca de su cara que empañé el vidrio del ataúd. Me eché hacia atrás con espanto y en ese momento sentí que me tomaban por los hombros y me hacían a un lado con cariño. Una mujer dijo:

—Te entiendo.

—Perdón —dije con vergüenza y quise explicarle, pero me contuve.

—No tienes nada de qué disculparte, te entiendo —y me abrazó. Los que estaban detrás en la fila me miraron con compasión. Algunos me dieron unos golpecitos pausados en la espalda.

Salí del velatorio y corrí hasta una plaza que había al frente de la capilla.

Álvaro me encontró más tarde. Lo abracé, nos abrazamos. Le di un beso, se iba haciendo una costumbre entre los dos.

—¿Qué onda? —le pregunté.

—Ven para acá —me dijo, y volvió a besarme.

Ese día nos pusimos a pololear.

Juan Carlos permaneció en mi memoria por mucho tiempo. El recuerdo de su cara me decía que la vida podía abandonarnos. Lo entendí cuando choqué. En algún momento entre la curva, el camión y el instante en que giré el volante, recordé su piel de cera y su mirada de angustia. Durante los meses de rehabilitación, y sobre todo cuando recibí mi nueva rodilla, pensé en él, en las posibilidades que perdió mientras se quedaba sin oxígeno buceando entre las rocas. El chico que me donó la rodilla se me ocurría parecido, con la misma vitalidad que, según me contó Álvaro, tenía Juan Carlos. Y me sentí en deuda con ambos, como si me pidieran que saliera adelante y lograra valerme por mí misma.

## Muletas

44 La pregunta acerca de qué iba a hacer con mi vida comenzó a rondar en la cara de mis padres, mi abuela y mis amigas. En algún momento les dije que ayudaría a Ricardo en el Lucafé. Estábamos en la mesa. Me tentaba la idea, pero el silencio anuló mis sueños. Mi mamá se puso roja, se llevó una cucharada de miel a la boca y estuvo chupeteándola mientras sonreía con una mueca torcida, como queriendo decir que eso era lo único que faltaba.

Mi abuela Carmen, en cambio, lo encontró una idea estupenda. Estaba almorzando con nosotros ese día.

—En mi época, a ninguna niñita se le hubiese ocurrido trabajar en una boíte —dijo.

—No es una boíte —la corregí, pero ella dele que sue-  
ne con que las «niñitas» de hoy podían elegir cosas que  
estaban vetadas en «su época».

—Abuela, Ricardo tiene un café, se comen pizzas y  
ensaladas —insistí.

—La mème chose —dijo, y puso punto final.

Pero no era la misma cosa. Ricardo se había transformado en mi mejor amigo, mi confidente y no importaba lo que dijera ni cómo lo dijera, siempre me entendía. Trabajar con él era sentirme protegida, acompañada, porque

era el único con quien compartía ese extraño mundo de la enfermedad, de las clínicas y las muletas. Y suena estúpido y sin importancia, pero nadie se imagina los detalles de cómo aprender a usarlas, que el movimiento requiere coordinación, mente y cuerpo en conjunto para ir hacia delante, atrás, al lado y otro lado. Algo que se veía tan sencillo en manos de Ricardo, me supuso horas de sudor y frustración. Transpiraba, sudando de pies a cabeza para avanzar unos metros y, aun así, muchas veces me enredaba y en más de una oportunidad estuve a punto de caer.

45

La pierna atlética de Ricardo me salvó de varios porrazos. Una vez fue especialmente patético, pues casi caigo en la entrada del Lucafé cuando la puerta se me cerró en la cara. Ricardo llegó saltando en una pata, literalmente, y me sostuvo.

—¡Epa! ¿Dónde vas tan rápido? —bromeó.

Lo abracé.

—Gracias —le dije a punto de las lágrimas.

—Y ahora se me pone sentimental la cabra lesa —dijo, sacudiéndome la cabeza.

Me gustaba ese tono condescendiente que usaba conmigo, como si fuera mi hermano mayor.

\* \* \*

No sé por qué las muletas intimidan más que una silla de ruedas. Lo comprobé una vez que aprendí a moverme con ellas y oficialmente me transformé en lisiada. Nunca más me preguntaron qué me había pasado, y cuando entraba en alguna tienda y dejaba las muletas a un costado para buscar mi billetera, las personas preferían mirar hacia otro

lado, como si me estuviese desvistiendo frente a ellos. También dejaron de ofrecerme ayuda y de detener el ascensor si me veían venir. Las muletas eran mi espantarrayos.

46 A diferencia de la de Ricardo, mi rodilla se portó bien. Los doctores estaban emocionados, el trasplante no tuvo complicaciones y poco a poco se adaptó a mi cuerpo como si fuera mía, la original. Por ese entonces, Ricardo se amputó media pierna. Su decisión estaba tomada mucho antes de que lo conociera y si participó de los grupos de trasplantes fue para convencer a los médicos de que no estaba loco, de que efectivamente mejoraría su vida. Y aunque cueste creerlo, así fue.

Acompañé a la Romina el día de la operación, creo que estaba más nerviosa que él. Lo peor es que ni siquiera fue demoroso. Como sacarse una muela, bromeó Ricardo cuando iba en la camilla de vuelta a su pieza. Nosotros quisimos sonreír.

A esas alturas, la clínica era un lugar conocido. Siempre ocurría algo. Siempre había familias congregadas en el quinto piso. Siempre había grupos esperando alguna noticia en la cafetería. Una rutina que me conocía de memoria y que ya me era familiar. Ese día bajamos a comprar unos cortados para llevar a la pieza y ni siquiera tuve que pagarlos porque me encontré con la Rita, la enfermera del quinto, que me los regaló. Dijo que eran para celebrar mi recuperación.

Con la Rita nos habíamos hecho amigas. Tantas esperas, tantas idas y venidas. En fin. No era cualquier enfermera, era «la Rita», la que tenía manos de ángel con las agujas y la que cargaba con su propia leyenda, porque no siempre tuvo esa piel blanca como la leche. No. La Rita sufrió de vitiligo

después de quedar atrapada en un ascensor con un muerto, me lo contó una vez. Dijo que acababa de recibirse, que tenía diecinueve años y que trabajaba en Urgencia. Que llegó un hombre en muy mal estado y que le ordenaron que lo llevara a pabellón. La Rita tomó la camilla y con habilidad la introdujo en el ascensor. Apretó el número cinco, pero el ascensor quedó varado entre el tercero y el cuarto. Al principio se quedó quieta, pensando que sería cosa de segundos y que volvería a echarse a andar, pero pasó el rato y el enfermo comenzó a quejarse. Respiraba ruidosamente, como si no le entrara aire. La Rita pidió auxilio a gritos, pateando la puerta del ascensor mientras improvisaba técnicas de masaje cardiaco. Alguien la escuchó y con una palanca abrió las puertas. Se encontraba entre pisos, a metro y medio de la salida.

Ella dijo: «¡Se muere!». Le dijeron: «Aguarde, lo sacaremos». Ella dijo: «No tenemos mucho tiempo». Le dijeron: «Subiremos el ascensor manualmente». No resultó. Entonces el hombre dejó de respirar. La Rita comenzó a reanimarlo golpeándole el pecho, sacudiéndole la cara. Gritó: «No respira». Le dijeron: «Intente levantarlo». Tomándolo de los brazos, la Rita lo colocó lo más vertical que pudo. Dijo: «Pesa demasiado». Le dijeron: «Siga, un último intento, ya casi lo tenemos». El hombre murió mientras ella le sostenía los brazos para que los auxiliares lo levantaran.

Un mes más tarde, le apareció una mancha blanca en el pecho y le recomendaron una crema. Al mes siguiente le apareció otra entre los dedos de las manos. Después en el cuello. Luego en las piernas, hasta que la mancha se extendió por todo su cuerpo. Incluso el pelo se le volvió gris.

—¡Qué asco de café! —dijo Ricardo, y por poco lo escupe.

—Hey, la Rita te lo mandó de regalo.

—¿Nuestra Rita?

—La misma.

Se lo tomó en su honor.

—Así es que aquí estamos, cabra lesa —dijo después de un rato.

Por poco hice un puchero. Igual que mi padre.

—No sé qué habría hecho sin ti —le confesé.

—Ay, Laura. Laura, Laura.

—¿Qué?

48 —No soy el único que te quiere y se preocupa por ti —me dijo.

Sabía a qué se refería. Tantas horas de convivencia nos habían convertido en amigos-hermanos. Siempre me alegaba que iba tres pasos más adelante, que calculaba cada movimiento, que quería demostrarle al mundo que me la podía sola. Puede ser. Decía que si no hubiese sido por esa tozudez mía, podría haber vuelto con Álvaro.

—No entiendes —le dije un día—, fue él quien dejó de buscarme.

—¿Y qué querías? ¿Que instalara una carpa afuera de tu casa hasta que te decidieras a hablarle? No devolviste sus llamadas, no hiciste nada por verlo nuevamente.

—No es cierto —alegué, pero decía la verdad. No busqué a Álvaro porque temía mostrarme frágil y necesitada. Temí derrumbarme enfrente suyo.

—Si te vuelves a topar con la Rita, dile que vaya a vernos al Lucafé, ahí le ofreceré un café de verdad —dijo Ricardo.

Se veía tan contento, pese a su pierna de menos. Nos quedamos un rato más, bromeando con mi rodilla ganada y su pierna perdida. Chistes fomes que se cuentan en las clínicas.



## De nuevo

50 Antonio llegó de improviso. No lo busqué, él tampoco intentó ser atractivo. Incluso diría que nos caímos mal, que necesitaba una cuota de masoquismo y por eso caí redonda. Era del tipo de hombres que vive para sí mismo y reducía su relación con los demás a un partido de fútbol: equipo A, equipo B. Los que no estaban con él eran sus enemigos, pero «estar a su lado» era tan relativo. Con él aprendí a temerle al enamoramiento. Puede que suene cursi, pero no es grato enajenarse por otro.

Aunque, vamos por parte.

Cuando me acostumbré a las muletas, me inscribí en un curso de fotografía, gentileza de mi abuela, que pagó convencida de que me convertiría en una fotógrafa profesional. Linda ella y su vocación de matriarca. Así es que estaba matriculada en el curso de fotografía, con una cámara que me prestó la tía Irene. Lindo gesto también, porque hizo un esfuerzo por ser generosa.

El curso fue idea de mi papá. Según él, los artistas —no sé por qué se le metió en la cabeza que sería una— debían tener sensibilidad musical, destreza manual y dominar técnicas actorales, pero, sobre todo, aprender a mirar. Eso dijo.

—No te rías, aprender a mirar es acercarse al misterio de las cosas —dijo.

—Ya te pusiste metafísico —repliqué.

—Puede ser... pero no deja de ser un aprendizaje fundamental —respondió.

No me acuerdo en qué estaría pensando que no contesté.

—¡Ay, Laura!

—¿Qué?

—Que a veces te pones tan superficial...

Mi viejo es bueno para las filípicas, nada grave, pero me alecciona. Especialmente con Sócrates. Sócrates para arriba y Sócrates para abajo. Según él, sin la máxima socrática de conócete a ti mismo habría sido imposible dar un paso en el desarrollo de la humanidad. Así de taxativo es mi viejo.

51

—¿Cómo puedes conocerte a ti misma si no conoces tu entorno, si pasas de largo? —preguntó.

—Yo no paso de largo —alegué.

—Laura, ¡por favor! No estoy hablando en sentido literal. ¿Sabes por qué Sócrates tomó la cicuta?

—Y ahora Sócrates...

—Sí, ahora Sócrates porque él nos legó el valor de la verdad. El ser verdadero, ¿entiendes?

—Sí, me lo has dicho mil veces —respondí, pero hay momentos en que los padres necesitan hablar y dejé que lo hiciera.

—Cuando te digo que es importante aprender a mirar me refiero a que te despabilas. A que te detengas ante los detalles, a no estacionarse en el sentido estricto de la palabra —hizo una pausa—. Estamos rodeados de misterios, Laura. ¿Qué sabemos de la vida? ¿Qué se conoce

de la muerte? El hombre ha vivido más de dos mil años sobre la Tierra y no conoce prácticamente nada.

—Si ya entendí —repliqué.

—El mar, la cordillera, están esperando a que alguien pueda mostrar su verdadera naturaleza.

—La naturaleza del mar... ¿o naturaleza del mal? —hice un juego de palabras, pero mi viejo no estaba para bromas e hizo como que no oyó.

52 —Exacto. Desconocemos su esencia, su poder hipnotizador, su sentido. Eso requiere de una mirada, de una postura, ¿lo entiendes, Laura? El carácter es lo que te dará peso cuando seas grande y debes educarlo —y dicho esto, dejó la carpeta con la información del curso sobre mi cama.

Me quedé un rato viéndola desde la silla. Mi viejo tiene esa capacidad de dejarme muda. Pensando.

¿Curso de fotografía? ¿Qué podía perder?

Abrí la carpeta. En la primera página leí la frase: «Es cierto, hay que ser avaros con el dolor», de un tal José Eustasio Rivera. Okey, tacaños con el dolor, pensé, y acto seguido me pregunté: ¿cuán avaros?

Me acordé de Álvaro y de nuestra tonta pelea que nos pilló separados cuando choqué. En lo mucho que me hubiese gustado compartir sus impresiones. ¿Qué pensaría de la fotografía? Como amante del cine, seguro que me apoyaría, pensé, y luego caí en cuenta de la cantidad de cosas que confabularon en nuestra contra. Cuando fue a verme a la clínica mi mamá no lo dejó entrar, porque entonces sufría unos dolores horribles y mi cabeza rapada con esa cicatriz que iba de lado a lado como cordón de zapato no solo era fea de mirar sino que también demostraba la vulnerabilidad de mi

estado. ¿Fui avara? Puede ser. No quise verlo. Ricardo tenía razón. Era tozuda y estaba enojada. Quería demostrarle que saldría adelante sin su ayuda, pero al mismo tiempo, sacarle en cara su ausencia.

Entonces, ¿a eso se refería el señor José Eustasio Rivera? ¿A que es mejor compartir el dolor en pequeñas dosis o que para deshacernos de él conviene mantenerlo limitado? O, puede que se tratara, como decía mi papá, de dejar que las cosas se acomodaran solas.

Lo que lamenté durante mucho tiempo fue que Álvaro me llamó varias veces y tampoco coincidimos. Sobre todo al principio, cuando estaba en cama y me cuidaba mi abuela. Abría los ojos y me decía:

—Ah, la llamó ese niño, ¿cómo se llama?

—Álvaro, abuela, Álvaro —pero había algo en ese nombre que mi abuela se negaba a retener, y dale:

—Pasó ese chiquillo amigo suyo.

—¿Cuál? —preguntaba.

—Bah, no recuerdo cómo me dijo que se llamaba.

Nunca devolví sus llamados. Y sin embargo, su recuerdo permaneció como un anhelo. Durante mucho tiempo pensé en que cualquier día me toparía con él y que ese día yo estaría preparada para volver. Mientras mi mundo se desarmaba, Álvaro fue mi promesa de estabilidad. Me esperaba a la vuelta de la esquina.

Pero, de pronto, dejó de insistir: ya no apareció más por mi casa ni volvió a llamar. Es verdad, yo tampoco lo busqué.

¿Cómo se es tacaño con algo que cae encima? No tengo respuesta para eso.

De repente me encontré sentada en una sala fría y poco aseada del instituto. Llegué de las primeras. El profesor — un hombre joven, delgado, no demasiado alto y con rulos en la cabeza— estaba sacando sus apuntes del maletín. Parecía torpe; en realidad, era bien torpe. Intentó reunir la cantidad de papeles que sacó del maletín y hacerlos un solo atado, pero al darles un golpecito contra la mesa se le escaparon de las manos y cayeron al suelo. Algunos chicos de la primera fila lo ayudaron a recoger. Se notó incómodo, balbuceó algo y les pidió que se sentaran.

Se agachó con su mata de rulos y tuve el impulso de agarrárselos entre los dedos. Me pareció simpático.

Siguiendo la línea de su torpeza, la clase fue extraña. Al principio habló bajito; tanto, que algunos compañeros le pidieron que repitiera lo que había dicho, pero él no hizo ni amago y siguió. Luego hizo referencias a un par de anécdotas personales (otras clases, otros estudiantes), rió con sus propios chistes y nadie en la clase emitió sonido alguno. Lo escuchábamos como si hablara cantonés y la mata de rulos continuaba desconcentrándome. ¿Cuánto demora en crecer un enjambre de esa naturaleza?

Finalmente, nos despidió diciendo que en la próxima clase saldríamos a terreno... Pero nadie entendió que la clase había terminado y nos quedamos viéndolo volver los papeles dentro del maletín.

—¿Profesor? —preguntó tímidamente uno de mis compañeros.

Levantó la cabeza despistado, creo que solo en ese momento se dio cuenta de que seguíamos sentados.

—La clase terminó —aclaró.

Nadie se movió.

—¿Profesor? —volvió a preguntar mi compañero.

Él se descorrió los rulos que le caían sobre los ojos y lo miró de frente:

—¿Sí?

—¿Cómo se llama?

—Ah, perdonen, es verdad... olvidé presentarme: Antonio, me llamo Antonio.

Estuve a punto de soltar una carcajada.

\* \* \*

55

Efectivamente, en la clase siguiente salimos a terreno. Antonio nos llevó a una plaza que estaba a unas cuerdas del instituto. Era una plaza de viejos, con árboles viejos y una pileta vieja que daba lástima. Probablemente hacía décadas que no corría agua por ella, pues estaba repleta de hojas secas y mugre. Sin embargo, como un gran Buda, él se sentó en uno de los bancos y dijo:

—Deténganse aquí.

El grupo de pavos —éramos unos veinte estudiantes— apuntamos nuestras máquinas, seguros de que daría la orden de disparar.

*Wrong!*

Él nos miró divertido.

—Dejen sus máquinas a un costado, por favor —e hizo un gesto para que despejáramos la vista.

Nadie le obedeció. Él cerró los ojos y respiró. No supimos qué pensar. Recordé a mis amigas en la universidad, con sus cursos inscritos en la *web* y una malla curricular completa, y me vi en medio de esa plaza sucia con un pro-

esor en posición de maestro zen. ¡Añoraba la fantasía universitaria con profesores íconos, campus kilométrico, casino y biblioteca gigantesca!

Después de una pausa que se me hizo eterna, el profesor abrió los ojos y preguntó:

—¿Qué ven?

La clase permaneció muda.

—¿Qué ven? —volvió a repetir.

Tímidamente y arrepintiéndome en el acto, dije:

—Una plaza vieja.

—Una plaza vieja —dijo, como si no creyera lo que había escuchado y mis compañeros rieron en sordina. Estaba colorada, sentía las mejillas ardiendo bajo mis ojos.

El profesor, en cambio, estaba furioso:

—Muéstrame esa plaza vieja —ordenó.

¿Qué pretendía? Habría esperado un poco de consideración con la alumna que salvaba del fracaso su apestosa clase.

—La pileta —dije.

—Bien —respondió él, y pensé que me daba la razón.

Entonces tomó su maletín, revolvió el desorden de papeles que cargaba y sacó una fotografía: una imagen en blanco y negro del tamaño de una hoja de carta mostraba una superposición de hojas, como una escultura. Era una bonita foto, una imagen depurada y limpia. A secas.

Algunos compañeros la comentaron, pero él no les prestó atención. Esperó a que terminaran para extenderme la fotografía y preguntó:

—¿Dónde está esa vejez?

—¿Eh? —apenas me despabilé.

—Hablaste de vejez, quiero que me muestres esa vejez, ¿la ves en la foto?

El resto de mis compañeros murmuró un «ohhh» aterrorizado. Comenzaba a odiarlos a ellos también.

—En esa foto no se ve —dije.

—Esta foto es de la pileta —repuso, señalándola con un dedo acusador.

—Pero es solo una parte de ella —repliqué.

—Ah, ¿y por esa razón, solo porque se trata de una parte, dices que no es la pileta?

*What the fuck?*

—Ejem, no... lo que quiero decir es que esta es otra imagen, no es la pileta, son hojas.

—Hojas de la pileta —puntualizó.

—Okey —no quería trezarme en una pelea inútil.

—¿Tu okey quiere decir que no me vas a mostrar la vejez? ¿Te rindes tan fácilmente?

*¿Qué onda?*

—No, no dije eso. Dije que tiene razón, que esas hojas también pueden ser la pileta, que son bonitas, una imagen limpia —respondí.

Se calmó. Volvió hacia mis compañeros y les pidió retratar la vejez de la plaza. ¿Qué se creía?, quise preguntarle. Mis compañeros se apuraron en ajustar sus cámaras y salir a dar clics, yo en cambio me quedé parada con mis muletas bien plantadas en el maicillo. No me movería hasta que se disculpara, pensé. Pero él ni se inmutó. Abrió su laptop y comenzó a revisar su correo.

—Humm —rezongué para llamar su atención.

Alzó la vista.

—¿Qué? —dijo con desprecio.

Entonces entendí que no se iba a disculpar y di vuelta sobre mis talones para ir a retratar su maldita vejez.



## Pérdida

Es difícil aceptar que uno cae. Cuando entendí que mi realidad se construía y destruía a cada instante, quise arrancar.

*Again.*

Sucedió en mayo. Mi papá perdió su trabajo poco después de que le diéramos la bienvenida a las muletas. Un año antes, la crisis económica había reducido a la mitad el número de empleados en el diario. Sin ir más lejos, a mi viejo le tocó despedir a varios periodistas de su planta. Era editor de una revista cultural; en otras palabras, pertenecía a un segmento difícil de defender con números. Sobre todo cuando abundan avisadores de autos, relojes, tecnología y moda, pero escasean los de las páginas culturales. Así es que distribuyeron la revista en las páginas del diario. Mi padre podría haberse quedado como editor de cultura, pero no quiso.

Contó que llegó a su oficina como siempre, saludó a su secretaria, ella le comentó que su correspondencia estaba sobre el escritorio. Apuró el paso, dejó su abrigo, se sentó y sonó el teléfono. Era el director.

—¿Ahora mismo?

Sí, el director no podía esperar para reunirse con él.

Sobre el escritorio quedó el café sin probar y los diarios sin abrir. ¡Qué lástima, justo ese día había llegado la revista *Eñe!*, se quejó camino al segundo piso, pensativo, curioso. ¿Qué podría querer el director un día martes a primera hora de la mañana? Pero el director no estaba solo, en su oficina se encontraban algunos miembros del directorio que lo recibieron con calurosos abrazos y apretones de mano.

60 La reunión comenzó con un sermón de alabanzas. Raro. Mi papá nos contó que nunca había escuchado hablar tan bien de su trabajo, de su empeño, de su criterio editorial. Algo malo iba a ocurrir, estuvo seguro. Y así fue. Luego de que cada uno de los presentes lo tapizara con cumplidos, le informaron que la revista iba a desaparecer.

Mi mamá lo miró desolada. Supongo que para ella fue la gota que rebasó el vaso.

—¿Y qué dijiste? —preguntó.

—No dije nada... ¿qué podía decir?

—Pues alegar, ¿cómo es que el diario más prestigioso del país se va a quedar sin suplemento de cultura? ¡No es posible!

Era posible. De hecho, mi padre era un buen ejemplo de lo que ocurría con la «cultura» en el país. Poco a poco, iba siendo reemplazada por el entretenimiento.

—Alfredo, por favor, ¿qué dijiste?

—Tenía dos opciones.

O renunciaba o se quedaba para regentar las páginas de cultura, así contó.

—¿Y qué pasará con Emilio? —preguntó él a los miembros del directorio.

Emilio había trabajado con mi papá hasta que ganó

su puesto como subeditor de páginas culturales. Un buen tipo, recién casado, con dos hijos pequeños.

—Eso no es problema, lo reubicaremos —le dijeron.

—¿Dónde? —preguntó aturdido mi viejo.

—En cultura no se quedará, pero el diario es tan grande... —lo consolaron.

Mi padre sabía lo que significaba: lo destinarían a una oficina debajo de la escalera, perdida entre los pasillos del diario, con una labor incierta y desconocida para todos. Nadie más lo vería asomarse a la redacción. Escasamente aparecería por el casino. Se olvidarían de él, hasta que un día cualquiera lo despedirían. Mi papá hizo algo tonto para los tiempos que corrían: fue leal.

—No entiendo —replicó el director—, usted ha sido muy bien evaluado.

—Prefiero ensayar nuevos horizontes... —dijo que contestó.

—¿¡Nuevos horizontes!? Pero, ¿te volviste loco? —chilló mi mamá.

No, mi viejo no estaba loco. Mi viejo era decente. Y la decencia es algo que se olvida en las grandes empresas.

Instaló su cuartel en el escritorio de la casa. Reordenó la biblioteca para darles espacio a sus revistas. Puso nuevos libros, nuevas portadas y su computador en la mesita junto a la ventana. Mi mamá fue la menos conforme con los preparativos.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo aquí?

—Hasta que encuentre algo, creo.

—No estamos en situación para que te regales un sa-  
bático, ¿lo tienes claro?

—Lo sé.

Hasta ese momento nunca habíamos tenido un papá puertas adentro y fue extraño. Divertido para mí, asfixiante para mi mamá.

—¿Te vas a levantar? —le preguntaba justo antes de partir al trabajo.

Y mi padre, supongo que para fastidiarla, respondía:

—No lo sé. Tengo ganas de leer.

62 Leyó hartó mi viejo y disfruté verlo ocupar el escritorio, que cada vez hizo más suyo, más personal, lleno de esos recortes de prensa que guardaba dentro de los libros o de unas carpetas que comenzaron a empapelar la mesita junto a la ventana. Entrar ahí era sostener una conversación con la historia. Nuestra historia. Claro que las líneas de tiempo que dibujaba mi padre no tenían mucho que ver con lo que aprendí en el colegio. Nuestra cultura popular —su expresión más básica en la artesanía, por ejemplo— era tan vital para él como la cultura heredada de Europa. Esa combinación que trazaba en sus escritos y recortes me fascinaba.

—El arte popular conversa con el espíritu de los pueblos. Ahí está expresada su forma de entender el mundo —me comentó una vez.

Mi viejo subrayaba cada cosa que leía y muchas tardes, mientras salía a dar una vuelta, me colaba en el escritorio para leer esas líneas. Intentaba comprender esos cruces, el tejido que iba de la astronomía a la antropología, de la historia a la filosofía, de la física a la metafísica. Algo así como la lucha entre el espacio que ocupaba un pueblo en el mundo y el espíritu que lo animaba. Sus recortes componían cierta narración.

—¿Por qué los subrayas? —le pregunté un día.

—Para no olvidarlos.

—¿Pero ocuparás esas frases alguna vez?

—Nunca se sabe, Laura.

Durante ese tiempo conversamos mucho. De mis planes, aunque aún no tenía claro qué iba a hacer con mi vida. Hablamos de fotografía, de las clases del profesor, de cómo un objeto puede cambiar de significado según su escenario. Conversamos sobre historia. Mi papá era amante de la historia universal, aunque la Historia de Chile, así con mayúscula, lo conmovía. Cómo los españoles lograron levantar una gobernación en medio de una naturaleza ingobernable por sus volcanes, terremotos y tsunamis y del rechazo sostenido que recibieron por parte de los mapuches. Ese carácter aguerrido de los unos y los otros lo enorgullecía.

—Porque a Chile no llegó la realeza, sino los soldados.

Eso, según mi papá, había forjado nuestro atributo como pueblo. Construido en la adversidad.

Escucharlo decir eso me tranquilizaba. Mi papá demostraba confianza, a pesar de todo. Una vez le pregunté por qué no buscaba trabajo, por qué no tenía miedo igual que mi mamá, y me contestó simplemente que ellos eran distintos. Nada más. Yo sabía que eran diferentes, pero no opuestos como parecían en ese entonces, pues mientras mi papá disfrutaba de ese tiempo fuera del tiempo que le dio su retiro, mi mamá andaba ansiosa, con rabia.

Recuerdo un día en que ella me fue a dejar al instituto. Estaba lloviendo e insistió en llevarme. Afuera había un caos de autos y, sin querer, mi mamá le dio un topón al de adelante. Del auto salió un hombre y la increpó:

—¿Dónde tiene puesta la cabeza? —gruñó.

Mi mamá pidió disculpas y le dijo que el auto tenía seguro, que le diera sus datos y quedaría solucionado. Todo normal hasta ahí. El hombre se fue y mi mamá logró estacionar. Entonces se bajó a abrirme.

—No es necesario —le dije, pero no me escuchó.

Me compliqué como nunca entre la mochila, la cámara y las muletas, y me caí. Impaciente, me tomó de los brazos y me levantó de un tirón:

—Y tú, ¡mírate no más! —dijo, y se apoyó en el capó para llorar.

—Mamá —quise decir algo, pero no supe qué.

Ella se pasó las manos por los ojos y se sonó ruidosamente.

—Ándate a clases, ¿quieres? —me mandó.

Esa tarde, cuando volví a casa, quise contarle lo ocurrido a mi papá. Entré a su escritorio.

—Papá... —dije tímidamente.

No me contestó. Mi papá tiene esa desgracia: cuando lee o escribe se vuelve sordo a todo lo demás. Me quedé apoyada contra el marco de la puerta, mirándolo escribir. Al rato, levantó la cabeza y se sacó los anteojos para verme.

—¿Qué tienes? —preguntó.

—Nada —dije y me fui.

\* \* \*

A la hora de comida, mi mamá cayó sobre él:

—¿Cuándo vas a encontrar trabajo? —sentí cómo se cortaba el aire entre los dos.

—En eso estoy... —respondió mi viejo.

Pero no era suficiente para mi mamá.

—Debieras pensarlo seriamente, en vez de quedarte leyendo en las mañanas —dijo.

—No te preocupes —alcanzó a decir mi papá, y mi mamá golpeó con un puño la mesa.

—¡Me preocupo! ¿Sabes? Sí, me preocupa verte perder el tiempo mientras me deslomo en el trabajo para conseguir algo mejor.

—Mi papá no dijo nada. Solamente la miró.

—Hoy choqué el auto —contó mi mamá.

—¿Te pasó algo? —fue la pregunta de mi viejo.

—No, pero así las cosas, los ahorros no nos durarán todo el año —advirtió.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Entonces, ¡haz algo! Si no, tendremos que vender la casa... —amenazó mi mamá.

—Elisa querida, bajo nuestras circunstancias, creo que sería apropiado —respondió mi viejo esa noche.

—Mi mamá dejó caer el tenedor.

—No es justo —dijo, con los ojos inflamados de rabia.

—La vida no es justa —contestó mi papá, y sonó como un necio.

—¡Alfredo! —exclamó e hizo una pausa—, no seas condescendiente conmigo, ¿quieres?

—Estaba a punto de las lágrimas.

—Pero, ¿qué quieres que te diga? El panorama no se ve fácil...

—Al menos podrías hacer un esfuerzo —sollozó mi mamá.

No supe cómo levantarme para desaparecer. No quería escuchar; realmente, no quería oír esas conversaciones ni ponerme en el escenario, y sentía que me obligaban a

tomar posición. ¿Cómo se escoge entre uno y otro?

66 Y las comidas no mejoraron y seguí partida por la mitad, en medio de sus mundos tan irreconciliables. Convivía con mi viejo en las mañanas: se levantaba con una sonrisa y tomaba el diario para instalarse en la terraza con el sol dándole en la espalda. Más tarde se vestía para pasear al perro y volvía contándome que se encontró con tal y cual, y que el perro le ladró a este y al otro. Una vez, incluso se peleó con el perro de la cuadra de atrás, me contó. Una riña de larga data, según mi viejo, pues nuestro perro solía robarle la comida. Esa mañana en cuestión, el perro ofendido andaba de paseo con su amo y cuando lo vio venir, se le tiró encima. El anciano dueño del perro forcejeó hasta que se le rompió la correa y los dos se trenzaron en medio de volteretas, mordién dose. Mi viejo logró separarlos, y cuando por fin tuvo a nuestro perro en brazos se dio cuenta de que el pobre hombre había perdido un zapato.

—¿Y su zapato, dónde quedó? —le pregunté desconcertada.

—Lo encontraron tirado en medio de la calle —me respondió.

Para mí era entretenido verlo sumergido en la cotidianidad de la casa. No es que él fuera etéreo ni tampoco de esos hombres grises y chatos que pierden su imaginación con el trabajo, para nada. Mi viejo siempre había sido inquieto, sensible, lector, busquilla, pero llevaba demasiados años de sol a sol sin más preocupaciones que la revista de cultura y ahora comenzaba a gozar de otras cosas.

Aunque nada dura para siempre. Finalmente, lo llamaron de una universidad y le ofrecieron una cátedra. El

día que lo contó en la mesa mi mamá sonrió, su primera sonrisa en meses.

—De todos modos, nos cambiaremos de casa —dijo, y enmudecimos.

La pesadez se instaló durante unas semanas. Una amenaza invisible que se tradujo en desarmar nuestro rincón y convertirlo en un millón de cajas para llevarlas a otro sitio. Me parece que duró hasta que estuvimos instalados en el departamento que arrendamos en Providencia, después de dejar nuestra casa de dos pisos y jardín soleado. El cambio me sentó bien, debo admitir, pues nos trasladamos cerca de mi abuela y del instituto de fotografía.

## Todo junto

68 Opté por retratar las manos de mi abuela. Se me ocurrió que por ser ella mi benefactora, sería bonito gesto inmortalizarla en mi primer trabajo como fotógrafa. Además, siempre me gustaron sus dedos torcidos desafiando la estrechez de los huesos perfectos. Unas manos cálidas, chuecas y blandas como la masa. Las manos de mi abuela.

—Le vengo a sacar unas fotos —le informé entrando a su casa.

Ella rio coqueta. Los años no le habían hecho perder la picardía en sus ojos.

—Soy toda suya —contestó divertida.

Nos sentamos en su escritorio. Mi abuela tenía una biblioteca soleada y en ella me había pasado buena parte de mi adolescencia, así es que me pareció el mejor escenario. Saqué algunos ejemplares, se los puse sobre la falda y le pedí que tomara uno de sus preferidos. *Memorias de una joven formal* de Simone de Beauvoir fue su elección. Lo abrió por la mitad, entonces comencé. Sus manos sobre las páginas, su dedo índice señalando una línea, sobre la portada, el libro cerrado, un acercamiento a las palmas cortadas por las letras, su dedo gordo intentando dar con

una página específica y así, le saqué cincuenta fotos.

—¿Ya? —preguntaba cada vez que disparaba.

—Espere, otra más... —le pedía, hasta que me pareció que tenía un buen registro de poses.

Nos sentamos a revisarlas.

—Qué viejas se ven... —dijo desilusionada.

A mí me gustaban tanto.

—¡Abuela! —la reté—, ¡cómo dice eso! Tiene unas manos preciosas.

—Ah, eso lo dice usted que es joven y tiene unas manos lisas, pero mire mis dedos, ¡y esas manchas! —señaló la foto de un primer plano— Deberían estar de moda los guantes —reclamó.

Seguimos revisando las fotos.

—Mi mamá tenía unos guantes de encaje color marfil, ¡eran tan delicados! Los guardaba todos en una caja. No le miento si le digo que tendría una docena, todos diferentes. En el invierno usaba unos de cuero a lo Greta Garbo, largos hasta los codos, y otros muy cortitos con botones, ¡preciosos! Cuando joven los usé un par de veces.

—¿Sí?

—Sí, para una fiesta me puse los de cuero cortitos —comenzó a recordar y me reí—. Ríase no más, pero esa noche me sentía una princesa —contó mi abuela.

—La estoy viendo —dije, podía imaginarla nítidamente.

—Fue en una fiesta de antifaces... Ahí conocí a su abuelo. Tan buenmozo y tan alto, resaltaba entre los jóvenes invitados. Todas queríamos que nos sacara a bailar e hicimos apuestas de quién sería la primera... y mire usted, me sacó a mí.

—¡Abuela!

—Era guapo y venía llegando de Europa, parecía un actor de cine con ese acento francés que tenía. Imagínese la vergüenza que sentí cuando me pidió el siguiente baile.

—¿Bailaron mucho?

—Toda la noche, aunque también tuve que bailar con otros. Era mal visto favorecer a un solo joven, sobre todo si no era su prometido —calló un momento, como si volviera a vivir la escena—. En un momento me pidió que me sacara el antifaz —dijo después de un rato.

70

—¿Y se lo sacó?

—Le dije que al final de la fiesta, pero me fueron a buscar y no se pudo. Nos quedamos sin vernos las caras.

—¿Y cuándo se pusieron a pololear?

Mi abuela se rio.

—No, linda, en mi época no existía el pololeo. Su abuelo me pretendió hasta que pidió formalmente poder visitarme. Así es que conversábamos, nos reíamos y después de un tiempo me pidió la mano. Era todo muy formal, ¿se da cuenta?

—Tal vez era mejor —dije con la nostalgia de lo que nunca se ha vivido, pero no me dio importancia y en cambio quiso saber:

—¿Y qué pasó con ese joven?

—¿Con Álvaro? Nada, no sé, creo que se olvidó de mí —le dije.

—Si usted no lo ha olvidado, lo más probable es que él todavía la recuerde.

Así era mi abuela Carmen. Y rogué porque tuviera razón, porque Álvaro, donde fuera que estuviera, me recordara, así como yo lo recordaba a él. Le di un beso y un abrazo apretado, y volví a mi casa con olor a años cincuenta.

La actitud de nuestro profesor no varió. Llegaba con esa mata de rulos desordenados, sus chalecos de lana oscura con cuello subido y su maletín que apestaba a años de trabajo mal pagado, repleto de fotografías como testimonio de una gloria escondida. Porque lo «googleé». Fue lo primero que hice cuando llegué a mi casa el día de la *fucking* vejez y hervía de rabia y frustración, con unas ganas de caerle con el sarcasmo de quien conoce su debilidad.

71

*Wrong.* Tenía una tremenda lista de referencias, es decir, me sorprendió. Había imaginado que era un *looser* que a falta de un «proyecto personal» había terminado haciendo clases en un instituto. Pero me equivoqué. Era seco. Es más, era ultraviajado y tenía varios premios a su haber, muchos de ellos ni siquiera eran chilenos sino europeos o norteamericanos. Publicaba sus fotografías en varias revistas del mundo y tenía tema con la «humanidad». Lo descubrí en una entrevista que leí. Comentaba que el libro *Ante el dolor de los demás*, de la Susan Sontag, inspiró su carrera como una carta de navegación, decía. Según él, la Sontag afirmaba que las sociedades modernas estaban perdidas, que nuestra exposición a la televisión, internet y otros medios nos saturaban de emociones y mermaban nuestra capacidad de empatía ante el dolor. Alegaba que en un mundo hiperconectado como el nuestro, era hora de escuchar esos rostros detrás de las imágenes.

*Incomodar.* Ese era el verbo que conjugaba ante la cámara. Sus fotografías no debían dejar indiferente, eso esperaba.

Me quedé sin argumentos para apalearlo y volví a clases con la tarea hecha. Nos recibió con la sala a oscuras.

No se veía nada y tropecé con la mochila de un compañero, y entre las muletas y mi propia mochila, me senté después de haber hecho un ruido infernal. Él dijo:

—Esperaremos que nuestra compañera haga todo el ruido que necesita para comenzar la clase.

*What?*

72 Tuve ganas de responder, pero ni siquiera me moví. Me quedé callada. Eso me fastidió al principio, ¿cómo era posible? El profesor hizo una pausa eterna; de hecho, algunos compañeros se dieron vuelta para ver quién era la compañera a la que debían esperar y yo tontamente los saludé con la mano.

De pronto sonó un «clic» y en la pantalla al fondo de la sala aparecieron unas manos, la primera foto de la clase, ¡eran unas manos sobre un libro! Quise que me tragara la tierra y que conmigo se perdiera mi tonta tarea guardada en el *pendrive* que llevaba en la mochila. ¿Qué iba a pensar cuando viera las manos de mi abuela sobre el libro de De Beauvoir? Me acomodé en la silla de pura ansiedad y una serie de chirridos me acompañó. Él se detuvo y preguntó:

—¿Podemos seguir?

¿Qué había hecho para que me tuviera tanta mala?

—Todo bien —dije bajito.

—Si tanto necesita moverse, puede quedarse en el patio —respondió él.

¿Qué se creía?

La sala seguía oscura y fijé la vista en la pantalla. Sentí la respiración de mis compañeros, el murmullo que provenía del pasillo y que hablaba de pasos, de alumnos atrasados corriendo para entregar un trabajo. El café que

quema la lengua, el cigarro dejado a la mitad. Pensé en el frío que se había instalado en Santiago y en esa nube gris que quitaba color a las cosas. En las sombras de las cabezas redondas de mis compañeros proyectadas contra la pantalla. En los rulos desatados del profesor y vuelta a las manos en el telón. Eran sus manos, no me cupo duda. Manos de un hombre joven, manos con cierta tensión en los dedos y el libro curvado artificialmente, manos con dedos largos, como los de un pianista.

Clic. La foto mostraba esas mismas manos formando figuritas... un hocico de lobo proyectado contra una ventana, un caracol recortado contra la arena, una mariposa sugerida en un muro blanco. Manos a un costado en un primer plano. Clic. Otras manos. Clic. Las manos de un obrero sobre una pala. Clic. Manos y más manos. Todas diferentes. Miles de posibilidades para cinco dedos. Entrelazados con cariño. Alzados en protesta. Clic, clic, clic. Más manos, ¿hasta cuándo con las manos?

73

—No necesitan viajar para sorprender —dijo con voz de ultratumba.

¿Qué estaba haciendo ahí?

Clic, clic, clic. Manos de niños, gordas y apanadas. Manos sucias. Manos sensuales, graciosas, seductoras. Manos toscas. Clic. Un sinfín de manos.

Recordé: tacaños con el dolor.

—Dicen que es más difícil registrar lo que pasa al lado de tu casa que lo que sucede a miles de kilómetros. ¿Por qué? —preguntó— ¿Por qué?

¿Existía una medida posible del dolor?

La clase seguía al profesor, asintiendo con murmullos de entusiasmo.

—El reto para un joven fotógrafo es acercarse a lo que ocurre alrededor de su casa. Escojan un tema y desarróllenlo de manera personal, sufran con él, desesperen. «Es mejor experimentar ansiedad que una paz que te pudra», escribió Pessoa. No descansen. Perseveren.

Clic.

74 La clase terminó con un aplauso cerrado. El profesor prendió la luz y se plantó en el medio, sosteniendo ese aplauso con una mirada que no era de alegría ni enojo, sino un «¿acaso esperaban menos de mí?».

—Señores, sus trabajos por favor —dijo.

*Glup.*

Mis compañeros se abalanzaron sobre su escritorio con carpetas de trabajos impresos. Yo no me quería levantar, esperé a que se desocupara la sala. Mientras el tumulto de estudiantes se alejó, él ordenó sus miles de papeles inútiles en el maletín de cuero.

—Profesor —me acerqué.

Levantó su cabeza y me miró como si viniera llegando de la luna.

—Ah, usted —dijo con desprecio.

Confirmé: me odiaba.

—Tengo mi trabajo —contesté.

—Déjelo junto a los otros —y señaló el montón de carpetas y fotocopias a un costado del escritorio.

*Doble glup.*

—Es que yo... es que usted... no especificó el soporte...  
—contesté casi preguntando.

Levantó la cabeza y me miró. Sus ojos eran pequeños, levemente rasgados y azules.

—Está bien, entréguelo como lo tenga —respondió.

—Es que...

—¿Qué? —respondió impaciente.

—Lo tengo en un *pendrive*... usted no...

—¿Usted?

—Quiero decir... sí, usted, no... ¿tiene computador...?

—dejé la pregunta inconclusa.

Resopló. Claramente, mis divagaciones lo aburrían.

—A ver, ¿el trabajo está dentro del *pendrive*?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

*Triple glup*.

—Manos.

Me quedó mirando. Por una fracción de segundo, quizás menos, sentí que algo se ablandaba dentro suyo.

—Bien. En la próxima clase le devuelvo el *pendrive*, ¿le parece?

Asentí y salí lo más rápido que pude.

\* \* \*

La clase siguiente fue en los pasillos del instituto. Dijo que debíamos sorprenderlo. No era fácil. El edificio tenía poco atractivo; una mezcla indefinida entre Le Corbusier y estética sesentera pasada por la máquina del tiempo y las necesidades, lo cual supuso cerrar escaleras y construir salas modulares. En fin, un popurrí. Salir a retratar una metamorfosis de estilo era triste, era pensar en lo que fue, lo que quedó a medio camino. Pero a esas alturas andaba con cuidado con el profesor.

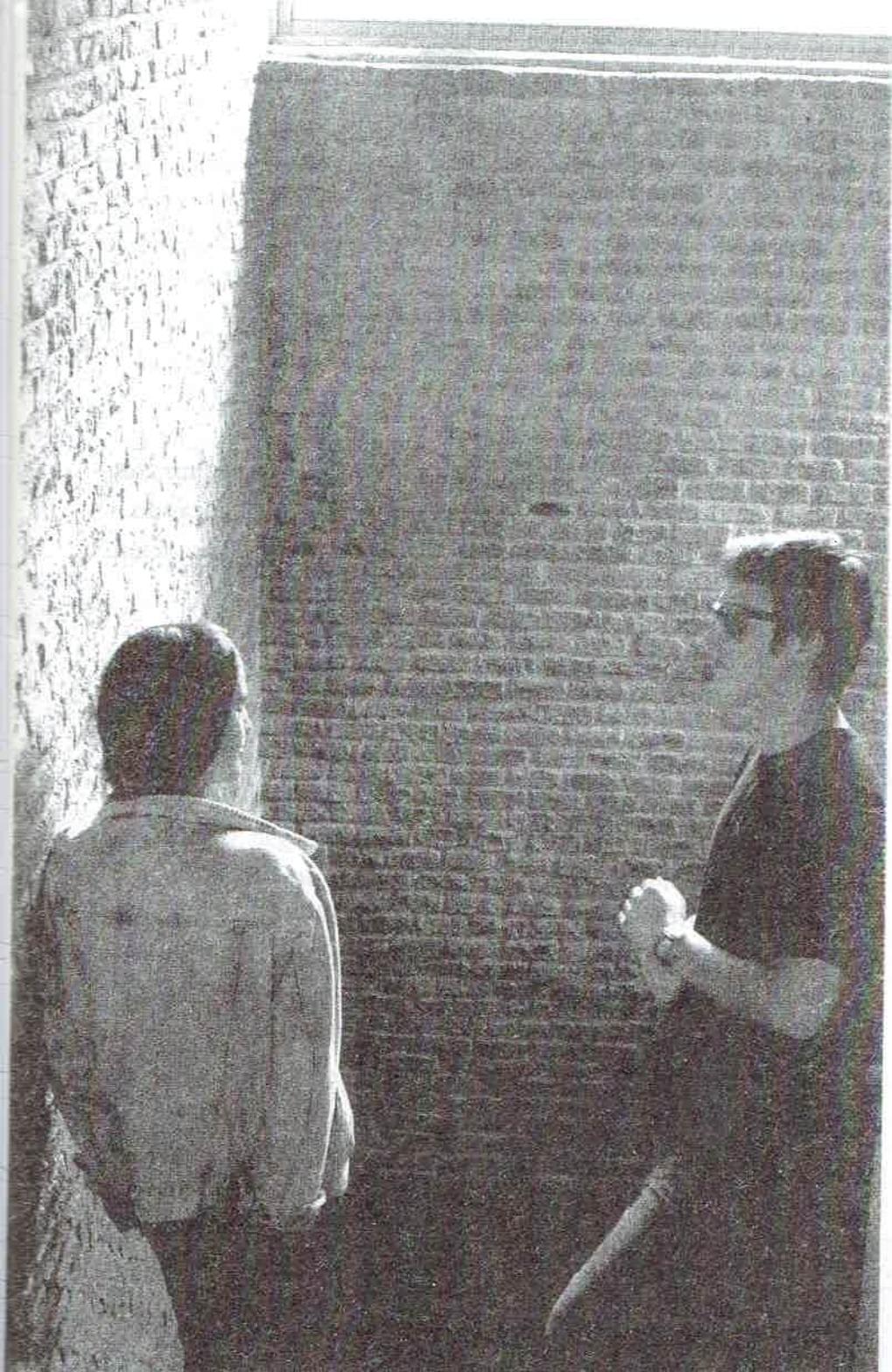
Decidí perderme, descolgarme del grupo que avanzó como batallón por el pasillo, y caminar en sentido contrario.

Subí una escalera y luego otra y di con un pasillo que moría en una puerta de madera y vidrio que daba a una terraza. Estaba cerrada con doble llave y candado, imposible de franquear. Sentía ganas de salir, de respirar aire fresco.

Saqué la cajetilla de cigarros y me senté. No iba a sacar ninguna foto, pensé mientras echaba humo. Por el vidrio se colaba una luz quieta, como de atardecer. La puerta era estilo francés. La madera pintada de blanco y, afuera, los barrotes de la terraza, hechos de fierro y madera, semejaban un puente.

76

Pensé en mi viejo. A esa hora estaría leyendo y apuntando en el computador sus comentarios, acompañado de un café y cigarrillos. También pensé en Álvaro: ¿por qué no lo había llamado? ¿Qué sería de él? Recordé la calma con que pronunciaba mi nombre: Laura, marcando la «r»; cómo esa voz hacía que se me apretara el estómago. Pensé en mi abuela, que nunca pudo recordar su nombre. Y en los planes que hicimos de casarnos. Siempre creí que me casaría con él, no sé por qué... y aquí estábamos, tan lejos. Luego miré mi rodilla heredada de ese chico y reparé en la rabia que me había tenido presa ese año. Pensé en la media pierna perdida de Ricardo, en la Romina que tenía ganas de casarse y tener hijos, en el Lucafé y en la felicidad de Ricardo tras del mostrador. E iba a sacar el celular para llamarlo cuando, hela ahí, una esquina, un punto que me llamó la atención y comencé: clic, clic, clic.



## Señorita

78 —Estilo —dijo el profesor en la clase siguiente.

Permanecimos en silencio. Como siempre, él no se inmutó.

—Deben concentrarse en lo que están retratando... el tema que investiguen, el objeto que llame su atención —hizo una pausa algo teatral y continuó:

—No intenten perseguir un estilo definido —la misma cara de pavo se proyectó en cada uno de nosotros—. Si antes de mirar y enfocar el lente te preocupa tu estilo, deja la fotografía y dedícate a otra cosa porque la calle está llena de imitadores y en eso acabarás convertido: en el remedo de otro.

Hizo otra pausa.

Prosiguió: fijen sus ojos en algo que les interese espontáneamente, como si anduvieran de paseo, algo muy propio surgirá de aquello que les interese, aquello que decidan retratar. De esa manera tu estilo, tu mirada, se mostrará solo.

*Okey.*

Continuábamos sin saber a qué iba. De repente, apagó las luces y proyectó las manos de mi abuela. Sentí terror. Ahora sí que estaba frita, pensé.

Los dedos chuecos de mi abuela iluminaron la clase.

Su curvatura, sus arrugas, esas yemas como botones coronándole los extremos. Me dieron ganas de llorar: esas manos eran su retrato fiel, el resumen de todo lo que significaba para mí mi vieja linda. Y me arrepentí de haberlas expuesto. Cuando iba en la tercera fotografía de sus dedos mochos, dijo:

—Este trabajo tiene carácter —y preguntó: ¿por qué?

Las fotos siguieron pasando. Los dedos de mi abuela sobre letras. Sus manchas. Mis compañeros comenzaron a murmurar; al parecer, intentaban averiguar quién las había tomado.

—La vejez como perspectiva que no se agota en sí misma. ¿Blanco y negro, color? ¿Es importante esa decisión?

¿Era necesario responder?

—Más importante que la decisión blanco y negro o color, busquen la luz. ¿Se fijan cómo el sol de la tarde ilumina los dedos? ¿Lo ven? ¡De eso se trata! Un registro particular y simple. Probablemente querrán comenzar sus retratos en blanco y negro, pensando que ganarán sofisticación, pero se equivocan. Sumérjanse en el color, búsqüenlo como aliado de la luz: en ella debe estar puesto todo su compromiso. El fotógrafo debe enamorarse de la luz.

La clase terminó con la ovación de mis compañeros y yo queriendo hundir mi cabeza, enterrarme. De hecho, intenté salir de las primeras, pero el profesor me atajó:

—Señorita —dijo en voz alta.

¿Señorita?

—Humm... me tengo que ir —contesté.

—Un minuto, por favor, necesito conversar con usted —replicó.

*Frita.*

Mis compañeros salieron comentando sus notas y la sala se desocupó. El profesor me invitó a un café. Iba nerviosa, estaba segura de que me llegaría reto por algo. Caminamos sin decir nada hasta la cafetería, pidió dos cortados y hundió la mano en su bolso de cuero con tanta torpeza, que se le dio vuelta y sus papeles y fotocopias se desparramaron por el suelo. La cajera abrió los ojos con impaciencia.

—Siguiente —dijo, y tuvimos que hacernos a un lado.

80

—Vaya a sentarse, yo llevaré los cafés —le dije, sin pensar siquiera cómo me las arreglaría con las muletas.

El profesor obedeció. Por suerte, la mujer que venía detrás de mí en la fila se apiadó y me ayudó a llevar los cafés a la mesa. Una vez instalados, Antonio preguntó:

—¿Primera vez que estudias fotografía?

—Sí —contesté.

—Qué extraño... —murmuró.

—¿Qué? —quise saber.

—Tu trabajo es muy profesional. ¿Qué edad tienes?

—Dieciocho —contesté incómoda. ¿Qué edad pensaba que tendría?

—¿Por qué pensaste en las manos?

—Mi abuela me regaló el curso y creí que... no sé, fue una forma de agradecerle.

Se quedó pensando, y después, señalando las muletas, me preguntó:

—¿Qué te pasó?

—Tuve un accidente —dije—, choqué contra un camión.

—Ah. Ya entiendo, la fotografía nunca estuvo entre tus planes.

—No.

—Entonces, no creo que esto te interese —contestó sin explicar nada y le dio un sorbo a su café.

Pensé que iba a decir algo más, pero no. El profesor seguía con la vista perdida en el ventanal.

—¿Profesor? —me animé por fin—, ¿qué es lo que quería conversar conmigo?

—Quería proponerte un proyecto —dijo.

Me explicó que necesitaba un ayudante para hacer un libro de fotografías sobre salitreras y trenes del norte. Una minera lo había contratado y le interesaba el trabajo, pero no tenía tiempo para hacerlo él solo.

—No creo que le sirva de mucho —dije.

—No has entendido nada —dijo como para sí mismo.

No contesté.

—Necesito a alguien con una mirada fotográfica, nada más.

Uf, mi papá seguro que lo abrazaría de emoción, pensé.

Después comentó que si me animaba, podría recorrer pueblos abandonados en medio del desierto, sacar fotografías de personajes y lo que se me ocurriera en el camino.

—Incluso tendría tiempo para sacar sus propias fotos —dijo como gran cosa.

—Mmm —fue mi respuesta.

—No quiero nada estructurado, me gustaría que lo hiciera con la misma libertad con la que sacó las manos de su abuela.

—Entiendo —dije.

Me pidió que lo pensara y le contestara la próxima clase. Estuve de acuerdo. Y quise levantarme, pero esperé a que terminara su café.

Decidí caminar hasta la casa de mi abuela. La propuesta del profesor me parecía inquietante, necesitaba pensar. Hacía frío y el invierno congelaba mis manos y mis jeans. Iba a llover. Quizás hasta cayera nieve, pensé. Apuré el paso y entonces una puntada me apretó el estómago: Álvaro venía caminando hacia mí.

—¡Laura!

82

Lo saludé con una mano y esperé a que se acercara, tiritando de frío y emoción.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Tanto que decir, ¿cómo empezar? Había imaginado ese momento tantas veces, lo que nos diríamos, cómo nos miraríamos, y ahora estaba paralizada.

—¿Cómo has estado tú? —fue todo lo que se me ocurrió decir.

Se le notaba más delgado, algo pálido, pero más grande. Guapísimo, de hecho.

—¿Quieres comer algo?

Asentí. Caminamos hasta un Burger y entramos justo cuando se puso a llover. Me pidió que lo esperara en la mesa mientras hacía nuestros pedidos. Llovía con viento, el agua golpeaba el ventanal y caía formando caminos en el vidrio. Observé a Álvaro. ¡Cuánto habíamos cambiado en esos meses! Tuve el impulso de abrazarlo cuando se acercó con una bandeja con dos hamburguesas y una porción de papas fritas. Pero no hice nada.

—Como en los viejos tiempos —dijo.

—Sí —y supe que no era verdad.

Me contó que llevaba dos semanas sin clases porque

su universidad había adherido al paro. Le conté que en el instituto no había asomo de reclamos. Que cada cual iba a clases y que no existía «vida universitaria». Que éramos un grupo de mutilados, los rechazados del sistema.

—¿Y ese pesimismo? —preguntó.

—No es muy estimulante —dije.

—Pero tú siempre has sido buena para sacar fotos —dijo él.

—Ah, pero no es lo mismo. Ahora se trata de sacar miles de fotos a un solo objeto, una y otra vez, «busca tu propio estilo» —remedé al profesor y me sonrojé.

—Pucha, ¡qué lástima!

—Es verdad. Me he aburrido —no era cierto y no sé por qué lo dije.

Me contó que en las vacaciones de invierno iría en moto a la Carretera Austral. Me dio envidia.

—Ahora puedes hacerlo —fue mi comentario.

—Estás tan amarga —contestó, y no me pareció simpático.

¿Dónde se había ido el hombre enamorado de mí? Porque dentro de mi fantasía del reencuentro, de ese Álvaro que me toparía a la vuelta de la esquina, siempre lo imaginé rogando para que volviera con él. Nunca se me pasó por la mente escucharlo lleno de planes mientras yo me debatía en la miseria.

Me contó que el siguiente semestre comenzaba con sus ramos de especialización. Para mí, el próximo semestre era el último semestre y si todo marchaba bien, tendría tiempo para preparar el examen para la universidad.

A medida que terminamos nuestras hamburguesas, la conversación se fue extinguiendo. Tampoco nos dijimos mucho camino a casa.

—Debimos comenzar con un abrazo —dijo cuando se despidió en la puerta del edificio.

Sonreí con una mueca triste.

\* \* \*

Una vez en mi pieza, y como lo hice muchas veces durante ese año, llamé a Ricardo.

84 —¿Cómo va, cosa chica? —preguntó del otro lado de la línea.

—¡Aaay! —contesté y me puse a llorar.

Tantas veces habíamos hablado sobre Álvaro. Siempre desde mi fantasía del reencuentro: caminaríamos, nos diríamos verdades, que nos habíamos extrañado; nos tomaríamos de las manos, nos miraríamos a los ojos y usaríamos ese tono de intimidad tan nuestro. Álvaro entendería sin necesidad de explicar, etcétera, etcétera, etcétera.

Pero no fue así. Y me sentí frustrada.

—Laura, de todas maneras es mejor que lo hayas visto.

—Es que no entiendes... —sí, hablaba como una niña.

—Qué ganas de abrazarte, cabra lesa —respondió, sin darle mucha importancia.

—Lo más triste fue mirarlo —le conté—, era tan evidente que ya no le gusto.

—Aún no sabes lo que pasará con él —me increpó.

—Sí sé. No va a ocurrir nada. Lo perdí. Ya no le intereso, ¿a quién le puede gustar una rabiosa mujer con muletas?

Ricardo se rio a carcajadas.

—Eres tan dramática —dijo.

—Aaay, no sé. ¿Qué hago, Ricardo? ¿Lo llamo?

—Vente a tomar un café mañana, mejor será —y me contagió su buen humor, aunque cuando colgué volví a sentirme sola. El fantasma de Álvaro me había acompañado demasiados meses, y ahora la ilusión que me provocaba imaginar el reencuentro se había esfumado.

## Abuela zen

86 Ese año pasé mucho tiempo con mi abuela. Mi accidente, el hecho de cambiarme a unas cuadras de su casa y tomar el curso de fotografía, ayudó. Iba por las tardes, a veces me quedaba a estudiar ahí. Mi abuela insistía en que durmiera siesta, que descansara.

—Usted se exige demasiado —concluyó una tarde.

Venía con una bandeja con café con leche y esas tostadas delgadísimas que hacía con mantequilla.

—Además, mire lo flacucha que está.

Aplicadamente, tomé mi leche y me comí las tostadas mientras conversábamos. A su lado me sentía tranquila.

A sus setenta y seis años mi abuela estaba rejuvenecida: decidió remodelar su casa, tomar clases de yoga en la municipalidad y cortarse el pelo. También adquirió la costumbre de saludar con las palmas a la altura del pecho, en son de paz. Mi papá estaba entre espantado y divertido. Nos reíamos cuando la recordábamos; creo que a mi viejo le daba ternura, porque la agarraba de los hombros y le decía:

—¡Viejita linda! Tan esotérica que te pusiste...

Ella sonreía coqueta.

Y mientras nosotros nos redujimos a un departamento

de dos piezas, mi abuela decidió ampliarse, extender la terraza unos metros y cambiar el diseño del jardín. La casa la había construido mi abuelo, que era arquitecto, poco después de que se casaron. Ahí nació mi papá y mis tíos, ahí también se casaron. Ahí murió mi abuelo de un paro respiratorio cuando ella era todavía joven. Y aunque la casa le quedara grande, no tuvo corazón para venderla. Nadie conocía mejor sus rincones, sus luces y sombras —decía ella—, y con eso mi abuela se refería a la claridad que la iluminaba durante las mañanas y a la calidez de las tardes; al jacarandá que crecía bajo su ventana y a la flor de la pluma que adornaba su terraza en primavera. No era una simple casa, sino «la» casa. No importaba su glaucoma, porque avanzaba por sus pasillos con la confianza de las cosas que se conocen de memoria. Era su espacio propio, su rincón. Y ese año, por primera vez, decidió intervenir el jardín: instaló una mesa y sillas para comer en el verano y le dio una estética zen que combinaba con su nueva forma de saludar. También puso una pileta y plantó mirtos, lavandas, azaleas, verónicas, nandinas y un magnolio a un costado de su nuevo comedor. La acompañé un par de veces a escoger sus plantas y la vi dar saltos como un conejo en una chacra, hambrienta, feliz.

—En primavera tendré un jardín florido —me dijo cuando llegamos y nos sentamos en su escritorio.

Poco después mi abuela cumplió con su promesa. Fuimos al casino en tren. Llegamos con una neblina cerrada y una garúa que nos empapó la cara. Mala suerte para el juego, pero mi abuela tenía un humor blindado. Entró al casino a pasos cortos, miró con la ternura de una anciana, respiró profundo y supongo que en esos minutos

sopesó su situación como una profesional. Y luego, tal como lo estipulaba su cábala, compró diez mil pesos en fichas, las separó por partes iguales y se fue a jugar en las mesas. Yo, por mi parte, aposté en el tragamonedas. Perdí todo. Mi abuela, en cambio, ganó doce mil pesos con los que compramos helados, chocolate caliente y gomitas.

—¿Cómo le fue al par de mafiosas? —nos saludó mi papá cuando volvimos a Santiago.

—No sea ridículo —contestó mi abuela.

88

Ese año hablamos mucho de su juventud. De cuando simulaba estar enferma para quedarse en casa regaloneando a sus perros, de cómo le hubiese gustado estudiar en la universidad y la rotunda negación de su papá a matricularla. En cambio, tomó cursos de pintura en el Bellas Artes y de introducción al arte con José Balmes. También se obsesionó con los libros, que comenzó a leer con voracidad, lo que le permitió armar esa biblioteca que la acompañó a su departamento de recién casada. Eran tantos, que mi abuelo bromeaba que se había casado con una bibliotecaria. Me contó que le hubiese gustado ser veterinaria, ocuparse de los animales.

—Cuando joven me escapaba cerro arriba a caballo y de esa forma me ahorraba las visitas —dijo.

—¿Por qué?

—Ah, porque mis papás eran muy sociables y la casa siempre estaba llena. En cambio, a mí me gusta la gente, pero un poco no más.

—¡Abuela!

—*Comme c' était la habitude* —para mi abuela no existían las mañas sino las «costumbres».

—Así es que fue rebelde.

—Tremenda, mi linda. Mi papá pensó que sería imposible encontrarme marido y mire usted, cuando las cosas tienen que pasar, pasan.

—Se salió con la suya.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, porque estudió pintura, leyó, al final hizo lo que quiso.

—Sí, pero no estudié en la universidad y eso siempre me acomplejó.

—Igual que a mí —le dije.

—Ah, pero lo suyo es diferente, el próximo año va a entrar a estudiar y va a haber ganado un año.

—Pues a mí me da la impresión de que lo he perdido...

\*\*\*

Un día la convidé al cine. Partimos en taxi. Vimos una película tonta de romance quinceañero: vampiros que anhelaban beber la sangre de su amada. Siempre me he reído de ese tipo de cine, pero aquella vez fue diferente. No sé por qué me identifiqué con la amada sufriente de ojos saltones y suspiré por un galán que me persiguiera y estuviera dispuesto a hacerse el harakiri antes de beber mi sangre. Mi abuela lloró conmigo en la última parte de la película, cuando el joven en cuestión, efectivamente, prefiere inmolarse antes de arremeter contra su dama y muere mirando los ojos de quien le robó su bestialidad y lo mató —literalmente— de hambre.

Mi abuela seguía sonándose afuera del cine.

—¡Qué linda la historia! —comentó, y estuve de acuerdo, era una linda historia.

Caminamos hasta una gelatería y pedimos dos helados de manjar cubiertos con chocolate. Los tomamos con la mente puesta en esa pareja separada por un amor terrible, pero un amor verdadero y para siempre... Y llegado a ese punto, ocurrió algo aterrador: debido a ciertas conexiones que se me escapan —no logré pesquisar qué llevó a qué—, pensé en los rulos de mi profesor de fotografía y en la posibilidad —igual a cero— de tener ese tipo de romance intenso y apasionado con él. Fue un flash que pasó por mi mente entre un bocado de helado de manjar bañando en chocolate y otro. Como quien dispara una foto.

\* \* \*

Al día siguiente, sentada en la sala de clases, me avergonzó recordarlo. El profesor llegó de jeans y un chaleco negro de cuello subido. Se veía bien. Sus rulos parecían tener vida propia, exaltados sobre la nuca.

—Retratos —dijo.

Yo pensé en Álvaro. E inmediatamente después, en una superposición que me confundió, en que sería bonito un primerísimo plano de su mata de pelo. Un buen punto de vista para una persona. Me imaginé un gran *close-up* de su nuca: pelos desenfocados abarcando tres cuartas partes de la foto y al margen su narizota a lo Cyrano de Bergerac.

El curso seguía atento a su blablá y me dediqué a mirarlos. ¿Qué sabía de ellos? Nada. No había hecho ningún amigo, y mientras ellos parecían interesados en lo que hablaba el profesor, yo siempre estaba pensando en otra cosa. Llegado a este punto, escuché su voz.

—Nuestra expresión, aquello que luchamos por ocultar...

Hablaba de rostros, cuerpos, de la manera de vestir y de nuestra forma de actuar, del gesto que dibujaban las manos, de la mueca de los labios, la forma de expresar alegría y contener la tristeza. Nos exhortaba a descubrir la narrativa que cada uno escribe con su imagen y cómo ese relato puede descubrirse en una foto. Puso como ejemplo a un cantante bastante famosillo que le tocó retratar. El tipo en cuestión era pésimo para las fotos, le confesó cuando llegó a su estudio.

91

—Un completo fracaso —dijo.

Y necesitaba fotografías para los afiches de su nuevo álbum, para la carátula del disco; en fin, fotos y más fotos. El profesor dijo que no lo escuchó (eso fue fácil de imaginar), lo sentó en una silla y comenzó. Clic, clic, clic. Dos días después, cuando el hombre retratado volvió por sus fotografías, la estrella pop del folclore chileno enmudeció. Sobre el papel vio su timidez, esa que nunca había querido reconocer y que escondía tan bien sobre el escenario.

Al término de la clase, hubo nuevamente un aplauso cerrado. Bah, lo mismo de siempre.

—Señorita —volvió a llamarme.

*Y dale.*

Me acerqué a su escritorio.

—No me ha contestado...

—Ah, sí... iré —dije, sin siquiera haber preguntado a mis papás.

—Los tipos de la minera se contactarán contigo —me tuteó y me sonrojé.

Me quedé mirando cómo repetía esa rutina inútil de meter los papeles en su bolso desgastado.

—¿Para qué los trae? —se me escapó.

—¿Los papeles?

—Ajá... nunca los ocupa.

—Sirven de apoyo emocional —contestó, guiñándome un ojo.

*¿Aló?*

No existía posibilidad alguna de que supiera lo que había pasado por mi mente minutos antes, cuando hablaba de retratos; no había forma de que imaginara que me hubiera encantado tomar esa mata de rulos entre las manos; no tenía cómo suponer que la había recordado mientras lengüeteaba un helado de manjar cubierto con chocolate.

Me despedí lo más rápido que pude, con una mezcla de simpatía y cinismo.

—Partirá a fines de septiembre —me avisó cuando iba a la altura de la puerta.

Por un minuto, la imagen del desierto y sus rulos me devolvió la esperanza.



## Luto

94 El accidente vascular de mi abuela fue la gota que rebasó el vaso. Mi vaso. Ocurrió un día mientras se peinaba en el baño, un cortocircuito en su cerebro, una chispa que encendió el caos y desconectó el sistema. Cayó al suelo. La encontró mi viejo. Pasó en la mañana a saludar antes de irse a la universidad y nadie acudió a abrir la puerta tras tocar el timbre. Nadie dijo «ya voy mijito» o «no me apure, mire que estoy vieja».

Nada. Silencio.

Sospechando aquello que se sospecha cuando ocurren cosas de este tipo, buscó en su maletín aquella llave que alguna vez le entregó su madre para «casos de emergencia». Ese tipo de circunstancias que se anuncian pero que esperamos no ocurran, esas desgracias que se prevén y para las que nunca estamos preparados... ¡y mi papá no lograba dar con la *fucking* llave!

Después de revolver una y otra vez su maletín, la encontró y la metió en el cerrojo haciendo el esfuerzo de un alcohólico, solo que no tenía un gramo de alcohol en el cuerpo sino una premonición feroz y un pulso endemoniado.

Lo recibió otro profundo silencio. El tiempo en la casa se había detenido. Caminó despacio, consciente de cada

uno de sus pasos por ese corredor tan conocido, sabiendo que no volvería a pisarlo como lo había hecho hasta entonces, que recordaría cada segundo sagrado de esa mañana fría de agosto. Reconoció la luz que iluminaba el living, una claridad seca, lisa, demasiado nítida para ese momento. Se encogió de hombros y llamó:

—Vieja... —con cariño, repitió casi inaudible: «Vieja».

Subió las escaleras pasando la mano por la baranda. La madera, tan presente en la arquitectura de su padre. Pensó en la mañana en que murió su viejo, hacía tantos años ya. En la entereza de su madre. En la claridad que tuvo siempre para escoger cada detalle. En la idea loca que tuvo su padre de cavar túneles en los cerros que rodeaban Santiago para impedir que se estancara la nube de esmog: «Grandes bocatomas por las que circule aire de los valles transversales», dijo. Y recordó a su madre y sus manos juntas a la altura del pecho y le temblaron las piernas. No se imaginaba la vida sin ella. Y sin embargo...

Llegó al rellano. Hacia la derecha el dormitorio de su madre, a la izquierda, la que fuera su pieza de soltero.

—Vieja —volvió a llamar, suplicando encontrarla de piernas cruzadas y manos sobre las rodillas, o afuera, con sus botas de agua y sus guantes, trabajando en ese jardín florido.

Se dirigió hacia su dormitorio. La cama sin hacer, las cortinas sin abrir. La ropa del día anterior perfectamente doblada sobre la silla. El orden era su marca. Y ya. Se le apretó el corazón como si lo desatornillara un alicate. A un costado de la cama descansaban sus zapatos deformados por el uso.

Dobló sobre sus talones y miró hacia el baño. La puerta estaba cerrada.

—Vieja... —dijo con aplomo y desesperanza.

Dio un par de pasos y abrió. Ahí estaba, en el suelo, boca torcida, ojos abiertos. Odió tener la razón. Odió que no le hubiesen engañado sus sentidos.

Intentó levantarla, volverla a la cama, llamándola suavemente:

—Viejita —ahora sabiendo que no despertaría, acunándola: «Viejita».

96 Un frío polar se coló por su garganta mientras la movió apenas unos centímetros. Su madre equivalía en peso muerto a lo que un gigante, o quizás él ya no tenía fuerzas. Cayó sentado y le tomó la cabeza con las dos manos. Aprovechó de besarla por última vez, mientras unas lágrimas gruesas le empañaban los ojos.

Una hora después, llegó la Rosa. Mi padre fue breve:

—Llame a mis hermanos y dígales que vengan lo antes posible; es urgente —le pidió.

Sus hermanos aparecieron en gotera. Con los dos primeros lograron ponerla sobre su cama y comenzar la triste función de contactar a la funeraria, buscar iglesia, llamar al cementerio. Trámites que hicieron con el cuerpo congelado y la mente inyectada de adrenalina.

Tres horas más tarde, aparecí para acompañar a mi papá. Estaba pálido, fumándose un cigarro en la escalinata de la entrada.

—Hey, papá —quise replicar ese diálogo consolador que había ensayado en la micro, pero se me cortó la voz.

—Se murió —dijo mi viejo.

—Lo sé —contesté y le pasé mi brazo por su espalda.

Me senté a su lado y nos quedamos mucho rato con la vista perdida en algún punto entre nosotros y la calle.

—Se murió —repitió, y esta vez me acurruqué entre sus piernas y lloré, calladamente, pero sin parar.

\* \* \*

El funeral fue bonito. Sé que a mi abuela le hubiera gustado ver esas peonías y esas lisianthus. Sé que habría alabado al coro; le gustaba la música a mi abuela. También sé que habría estado contenta de vernos a todos juntos, que nos hubiese dado esas calugas de leche que guardaba escondidas en el primer cajón de su cómoda para alegrar el alma, viejita. Que habría hecho lo imposible para hacernos sentir cómodos. Mi abuela.

97

También sé que se habría puesto contenta de escucharme recitar a Rojas:

«Tomad vuestro teléfono

y preguntad por ella cuando estéis desolados,

cuando estéis totalmente perdidos en la calle

con vuestras venas reventadas, sed sinceros,

decidle la verdad muy al oído.

Llamadla al primer número que miréis en el aire

escrito por la mano del sol que os transfigura,

porque ese sol es ella,

ese sol que no habla

ese sol que os escucha

a lo largo de un hilo que va de estrella a estrella

descifrando la suerte de la razón, llamadla

hasta que oigáis su risa».

Le gustaba la poesía a mi abuela. Tantas...

Mi prima Clemen me buscó en el cementerio vestida

de negro de la cabeza a los pies, con los ojos hinchados e hipando a más no poder.

—Esto es demasiado —dijo—. No sabes lo mal que lo he pasado este año... —agregó, y pensé que me tomaba el pelo.

Pero no. El universo llamado Clemencia era tan pequeño como su cerebro.

—Te juro, esto es demasiado, año de mierda —volvió a repetir.

98 Y no obstante, sí, era demasiado. ¿Cómo imaginar que mi abuela moriría algún día? ¿Cómo consolarse con esa rueda del tiempo que la hacía pasado irremisible? La velocidad de ese paso me resultó cruel.

Mi viejo dijo unas palabras en el cementerio. Recordó cuando era niño y su mamá le inculcó el gusto por la pintura y la música; cuando ella los llevaba religiosamente al Museo de Bellas Artes y él y sus hermanos se dedicaban a jugar a las escondidas entre las estatuas. Habló de cuando tuvo paperas y ella le daba la comida en la boca, de cuando lo arropaba hasta el cogote para estamparle un beso de buenas noches en la frente. También de cuando los despertaba cantándoles en francés. Su mamá había sido una mujer realizada, dijo. Luego, habló de sus últimos meses y sus incursiones esotéricas (acá mis tíos sonrieron) y se despidió juntando las palmas a la altura del pecho y diciendo:

—Paz, viejita linda.

Lloré como niña chica.

Al terminar la ceremonia, mis amigas se acercaron. Álvaro venía con ellas, erguido, con las manos en los bolsillos del pantalón y su vista clavada en mí. Sentí escalofríos, sus ojos parecían a punto de estallar. Me hubiese gustado que me abrazara. Y recordé con un puchero que mi abuela

nunca se aprendió su nombre. La Flo fue quien finalmente me abrazó y me dijo que tuviera fuerza, que mi abuela estaría cuidándome, que no la olvidara, que la mantuviera presente. La Ale y la Fran asintieron abrazándome.

Álvaro miraba desde cierta distancia, con esa profundidad inquietante, no dijo nada hasta que se despidió:

—Sé lo que significaba para ti. Te llamaré —prometió y me tomó la mano.

Quise preguntarle para qué. Le solté la mano y solo atiné a darle las gracias. En ese mismo momento vi a Ricardo con su prótesis de hombre biónico y corrí a abrazarlo.

Como si me hubiese leído la mente, me entregó un paquete de calugas de leche.

—Eres el mejor amigo que he tenido —le dije.

El día terminó con un almuerzo en la casa de mi abuela. Todos reunidos hasta pasada medianoche. Supongo que nadie quería apagar la luz y asumir que después de cuarenta años la casa quedaría sola. Me escondí en la biblioteca y revisé sus libros, los miles de recortes, fotografías y cosas olvidadas que guardaba entre las páginas, igual como lo hacía mi papá. A un costado de la silla de su escritorio estaba su cartera de cuero azul. Un objeto tan pequeño que decía tanto de ella... seguro que ahí dentro también estaría su pistola con una sola bala. Mi abuela siempre salía a la calle armada con su revólver cargado de una única bala. Recuerdo que una vez le pregunté si la había usado.

—¡Por supuesto! —me respondió campante—. Una vez, cuando joven —rio—. Estábamos recién casados y su abuelo invitó a un montón de personas, ya sabe usted, siempre fui mala para las visitas y sus amigos no pretendían irse. Así es que, en algún momento, me vine al escri-

torio, tomé el arma, le saqué el seguro y con ella volví a la terraza. Disparé al aire y santo remedio—. La anécdota era parte de la leyenda de mi abuela Carmen y cada vez que la escuchaba podía imaginarla con su revólver disparando como una mafiosa.

Me recosté en el sofá y me quedé mirando ese espacio tan familiar. Afuera, el jardín recién plantado por mi abuela me hizo pensar en que ella no alcanzó a envejecer. Es cierto, tenía un montón de años, pero no murió de vieja.

100

Después hice algo cursi: le prometí que entraría a la universidad, que lograría estudiar Letras y que cuando me recibiera le dedicaría el título. Me puse a llorar en cataratas. Así me pilló la Clemencia:

—¡Ay, primita! Si te contara todo lo que me ha pasado... llorarías por mí —esas fueron sus palabras.

—Cállate —le dije, poniéndome de pie.

La Clemencia abrió sus ojos como caricatura animé.

—Por favor, no digas nada —le imploré, y salí de la pieza.

## Desierto

En el norte toqué fondo. Literalmente. Me fui por encargo de la mata de rulos, con los gastos pagados por gentileza de una minera y con la misión de retratar ambientes y un antiguo tren. Mi abuela había muerto hacía tan poco... ¿cómo recuperarse? ¿Cómo aceptar el hecho de que la muerte es algo tan seguro y la vida un milagro del azar? ¿Cómo hacerlo sin querer revelarse? Sentía un ladrillo en el pecho. ¿Cómo repararse a partir de la ausencia?

101

Lloré con mocos y cara empapada. Lloré apretando la almohada de ese hotelucho nortino con olor a otros mocos y otras babas. Lloré mientras sacaba fotos, mientras me quedaba como muerta en vida visitando esos antiguos pueblos salitreros, esas casas abandonadas en medio de la nada, construcciones que demostraban lo pasajero de la huella que deja la ambición. Lloré por nuestras muertes futuras ante la inmensidad del desierto. Lloré con los puños apretados y los dientes crujendo como crutones. El sol se escondía lento y llegaba la noche con un frío que calaba mis huesos rotos y me hacía doler las piernas, desde los pies a las caderas. Tuve calambres. Tuve pesadillas. Tuve la sensación de que moriría sobre ese cubrecama de pana floreado. Tendida

como muerta, con los ojos abiertos, respirando un aire seco. Hipando, de nuevo.

¿De eso se trataba levantarse cada día? ¿Qué sentido tenía?

Hubo mañanas en las que escuché el despertador, pero no había pegado un ojo durante toda la noche y me quedaba inmóvil, con la vista perdida en el techo, mientras me tocaban la puerta para avisar que una camioneta me esperaba afuera:

102 —Señorita, la esperan abajo... —oía decir desde otro lugar.

Después de un tiempo indefinido me sentaba sobre la cama, me refregaba los ojos y la pesadez en la espalda descendía hasta los pies. Me levantaba con la misma ropa que había usado el día anterior y el anterior. Salía sin tomar desayuno, sin lavarme la cara ni enjuagarme los dientes.

—Aquí estoy —decía arriba de la 4 x 4, y me acurrucaba en el asiento trasero y dormía por todo lo que no había dormido durante la noche.

Me despertaba cuando estacionaban la camioneta. Y abajo nuevamente. Otra vez, otra vez, ¿hasta cuándo otra vez?, recordé a Neruda.

Pasé cinco días retratando pueblos fantasmas, case-ríos nortinos sumergidos en la pampa que no estaban abandonados, pero lo parecían. Nadie caminaba por sus calles, el viento levantaba la mugre acumulada en las veredas, apenas un par de matas escuálidas desafiaban la sequedad de la tierra. Retraté niños. Retraté caminos, huellas, polvo como remolino en medio de la nada. Retraté perros, muchos perros, algunos amistosos, otros no tanto. Algunos me acompañaban durante la puesta

de sol, trotando con la cola en movimiento y una especie de sonrisa dibujada en el hocico, como si realmente fuéramos al infinito y más allá. Pero no íbamos a ningún lado. Los capturé con esa felicidad que demostraban en esa tierra de nadie y recordé a mi abuela y sus perros, los muchos nombres que les puso a cada uno, y volví a llorar mientras les apuntaba con el lente. También le saqué fotos a un hombre a caballo, un cuadrúpedo esquelético y casi muerto que sostenía a un viejo sin dientes al que no le entendí una palabra de lo que dijo. Lo retraté arriba de su caballo en honor a mi abuela y me quedé viendo cómo se alejaba por la pampa.

103

Para cuando llegué a Antofagasta, en donde me reuniría con el profesor para tomar las últimas fotografías, era menos que un traperero. Pálida, ojerosa, con el pelo apelmazado de tierra y los pantalones, polera y chaleco que no me había sacado ni para dormir, inmundos.

Antonio me recibió al más puro estilo suyo:

—Y a ti, ¿qué te pasó? —fue su bienvenida.

—Se murió mi abuela —le dije y me puse a llorar.

Torpemente, me tomó la cabeza y me acarició el pelo grasiento. Me dio un beso en la frente y otro en la mejilla, después volvió a tomarme la cabeza con sus manos y repitió:

—Schhh, schhhh, schhh.

Seguí un buen rato hipando, babeando y sorbeteando los mocos que se me caían como agua.

—Estás tan hedionda —comentó, y me reí.

—Perdóname —dije.

—Nada de perdones... ¿cómo se te ocurre? ¡Llora todo lo que tengas que llorar! —Y volví a reír llena de baba.

—Esta lluvia de lágrimas era justo lo que necesitabas —dijo y luego, como si fuera una niña, me limpió la cara con un pañuelo. Me pidió que fuera al baño, me lavara el pelo y cambiara de ropa. Dijo que cuando estuviera lista, bajara al *lobby* porque iríamos a comer a un buen restorán, que había hecho un trabajo excelente en el desierto y me lo merecía. Me limpié los mocos con la manga de mi polera y obedecí.

104

\*\*\*

Fuimos al borde costero. Antofagasta a esa hora era una ciudad tranquila y helada como piedra.

Esa noche le conté de mi accidente, del tiempo que estuve en la clínica, de las pesadillas y las enfermeras, de la pastilla que me obligaban a tragar, de la silla de ruedas, de las sesiones con la señora psicóloga, de Ricardo y su amputada media pierna, del Lucafé, de lo mucho que nos habíamos acercado en este tiempo. Pero no le conté sobre Álvaro, sobre mi frustrado encuentro en la calle ni menos sobre sus ojos. Él me contó que durante el verano estuvo en Buenos Aires, que fue a sacar fotos a la Patagonia, que tomó el tren, que los vientos eran memorables, que la pampa era un paisaje fotográfico por excelencia. Yo le hablé de mis viejos: de la incomodidad de mi mamá y del trabajo perdido de mi viejo en el diario. De cómo renunció. También de las clases de yoga de mi abuela y su obsesión por el francés, de la construcción de su jardín zen, y se rio. Sentí que me hacía bien hablar de ella.

Luego le hablé de mis planes universitarios, de lo mucho que me había preparado para dar la PSU y la frustración

de saberme fuera. Él me contó de su pasada por la universidad y de su salida a menos de un año.

—Me aburrí. La universidad no era para mí —dijo satisfecho.

Entró a Derecho. No me lo podía imaginar como abogado.

—Llevaba ocho meses cuando me salí y me puse a trabajar —contó.

Sus papás no lo apoyaron. El primogénito, la estrella del curso, el niño genio convertido en vagabundo. ¿Cómo era posible?, fue la única pregunta que les escuchó.

105

—Mi mamá lloró los dos primeros meses que estuve en la casa. Me veía aparecer, hundía la cabeza y se largaba, llora que llora. ¿Qué le iba a hacer? Quería estudiar fotografía.

Encontró trabajo en un restaurante. Estudiaba de noche y volvía en la mañana a servir platos de ravioles, pancetta, canelones y lasaña. Un ritmo que lo mantuvo sin un solo minuto libre durante los tres años que demostraron sus estudios. Después se fue a Europa.

—Quería viajar. Creía que las fotografías dependían del ambiente, de la belleza de las ciudades, de esos clichés mil veces repetidos por los fotógrafos. Bueh, uno aprende copiando, es inevitable.

—No es lo que dices en clases.

—Ah, porque quisiera facilitarles el camino... copiando no llegarán a ninguna parte.

—Mmm.

—No digas *mmm*. En algún punto de tu carrera —se acercó para decirme— deberás optar: o sigues tus propias obsesiones o te quedas atrapado en lo que les ha funcionado a otros. Es una decisión igual a cuando resuelves si usarás blanco y negro o color.

—¿Cuánto tiempo te quedaste en Europa?

—Uf, no lo recuerdo exactamente, porque de Europa me pasé al Medio Oriente y estuve tomando fotos y más fotos. Nunca eran suficientes. Trabajé de mesero, limpiaba autos, incluso como fotógrafo de sociales. Un amigo me contactó con un viejo fotógrafo de matrimonios y primeras comuniones, ese tipo de eventos. Hice todo lo que pude con tal de tener dinero y seguir tras mi foto.

—¿Tu foto?

106

—La foto, pues. La imagen perfecta.

Hizo una pausa. Cada minuto se volvía más simpático la mata de rulos.

Continuó: esa imagen a la que no le falta nada. El resumen de todo o quizás simplemente una palabra, una idea, pero claramente dice mucho más de lo que muestra, narra sin necesidad de saturar el espacio, ¿entiendes? Pero siempre me faltaba algo... —dijo— nunca era suficiente ni me acerqué remotamente. Así es que seguí. Viví en la calle, debajo de un puente, en una plaza, y cada vez que escuchaba hablar de un pueblo perdido un poco más allá, agarraba mi mochila y partía. Perseguí la luz, la belleza. Perseguí personajes, me enamoré de un viejo en una plaza de Berlín, una ciudad que crece y se moderniza a partir de las vanguardias artísticas y este viejo usaba abrigo de pelo de camello y zapatos de charol. Como una caricatura de los años cincuenta. Me gustaba contrastarlo con la ciudad movilizada.

—¿Y la encontraste?

—¿Qué?

—La foto perfecta.

—No, todavía no.

—¿Todavía?

Confiaba en que algún día la tendría enfrente. Entonces respiraría hondo, se tomaría su tiempo, quizás hasta haría sonar los dedos y recién entonces tomaría el lente.

—Pero puede que ni siquiera exista —le dije.

—Seguro...

—¿Cómo? ¿Y no te inquieta pensar que andas detrás de una mentira?

—A veces pienso que ha sido mi forma de avanzar, porque esa búsqueda por la forma perfecta me estimula. Aunque no sea real, me mueve y me impone el desafío de dar un paso más allá. Pero luego pienso que quizás no soy tan buen fotógrafo y que la he tenido enfrente pero no he sido capaz de verla, ¿entiendes?

107

—Creo... Y, ¿cuándo volviste?

—Llevaba más de un año fuera y estaba cansado. Quería montar un estudio, profesionalizarme, no sé, además tenía suficiente material como para montar una exposición.

—¡Wow!

—Sí, y me tiré a lo grande, claro que no vendí ni una sola foto.

Era divertido Antonio, mucho más que en clases.

Sus padres lo ayudaron a vender las fotografías. Después, alguien le comentó a no sé quién sobre su registro y le llegó una solicitud para una revista. Algo puntual. Luego una seguidilla de encargos pequeños le permitió entrar al círculo del fotorreportaje. Y volvió a viajar, a ausentarse, siempre había una cosa tras otra y tenía trabajo y no le faltaba nada, pero se dio cuenta de que habían pasado cuatro años, se había hecho conocido y quería independizarse, trabajar por su cuenta, dejar de hacer solo encargos.

Y llegado a ese punto y sin venir a cuento, preguntó:

—¿Pololeas?

—No —respondí como preguntando, pues en alguna parte de mí sentí que traicionaba a Álvaro.

—Pero sales con alguien.

—Tampoco —dije colorada.

—Te lo pregunto porque la vida del fotógrafo es itinerante. Solitaria.

—No sé si seré fotógrafa —respondí.

108

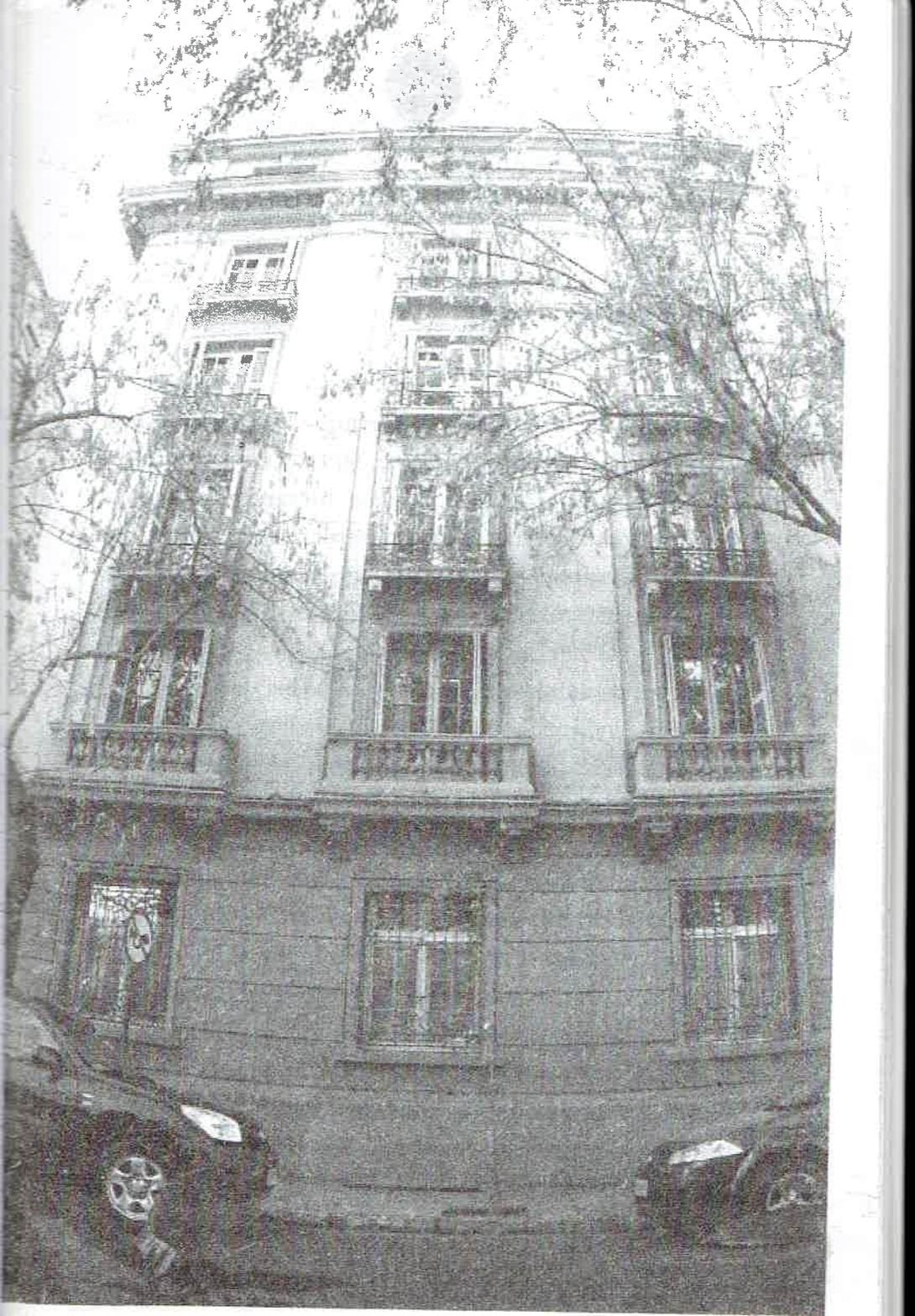
Y volvió a verme con esos ojos como si algo se ablandara dentro suyo.

—Ah, verdad que te inscribiste para matar el tiempo.

—Tampoco lo diría de esa manera —contesté.

—De todos modos, es bueno que te acostumbres a la soledad —dijo poco antes de despedirnos en la puerta del hotel.

Y a pesar de las emociones y preguntas que comenzaba a formularme, entré a la pieza, me tiré sobre la cama y me quedé dormida en el acto.



## Trenes

110 Los trenes en la pampa son eternos. Se ven como una huella oxidada a lo lejos. Triste, lenta. Con Antonio tuvimos que subir y bajar de muchos, fueran hacia el norte o el sur, y aunque no es bueno perderles el respeto, subíamos y bajábamos sin esperar que se detuvieran. Las muletas terminaron amarradas a mi mochila y me acostumbré a cojear sin vergüenza.

Oficié de ayudante, acomodé trípodes, fijé la luz, me preocupé de los colores, de la composición de los escenarios y, aun así, tuve tiempo para sacar mis propias fotos. No tenía idea qué haría con ellas pero fue un impulso irrefrenable, y mientras más fotografías sacaba, más consciente me hacía de lo que faltaba en una imagen, de la luz, de las sombras. La fotografía tiene mucho de oficio y aprendí echando a perder. Nunca había sacado tantas fotos a un mismo objeto, una y otra vez: las ruedas, el andén, las cargas y vuelta a las ruedas, el andén y las cargas, y luego la pampa recortada por esta máquina de metal.

Perdí la cuenta de cuántos trenes y vagones subimos y bajamos. Pero sí recuerdo el primer beso que me dio Antonio en un tren viejo que venía de vuelta de Mejillones.

Habíamos estado sacando fotos todo el día y de repente me empezó a enfocar.

—No —pedí, y hundí la cabeza en mis rodillas.

—¿Por qué no?

—Me carga que me saquen fotos —dije.

—Aah, así es que eres un vampiro.

Y recordé la película que vi con mi abuela y el helado con chocolate. *Glup*.

—¿Qué? —dijo Antonio.

—¿Qué, qué? —pregunté.

—Que pareciera que recordaste algo —contestó, y aprovechó el impasse para enfocarme desde el suelo.

Clic, clic, clic.

—Antonio, no seas pesado —alegué, pero era inútil, no iba a parar. Así es que, siguiendo un impulso estúpido, me lancé sobre él para quitarle la cámara.

Entonces el tren se sacudió y rodamos hacia una esquina y terminamos apachurrados en un rincón, muertos de la risa. Hice amagos de quitarle la cámara, aun cuando me faltaba aire de tanto reír y solo tenía una mano libre porque la otra estaba aplastada contra la pared. Seguimos en ese tira y afloja durante un rato inverosímil hasta que intenté componerme, pero no logré levantarme: un nuevo bache en la vía y el tren se elevó y me arrojó justo encima de Antonio. Volvimos a las risotadas, y mientras mayor era el esfuerzo que hacía por ponerme en pie, más carcajadas. Antonio se acercó y me dio un beso en la boca que me provocó otro ataque de risa. Él hizo lo mismo, pero sin desistir: me tomó la cara con las dos manos y me dio otro beso que se alargó. Siguió besándome mientras nos acomodamos hasta quedar uno frente al otro y su boca continuó yendo y viniendo en

un beso suave, tranquilo, tenso, rápido, vuelta a lo suave, lento, tenso, rápido, y para cuando nos bajamos en Antofagasta sentía los labios hinchados y las mejillas rojas.

Nos esperaban en una camioneta. Subimos y no dijimos nada hasta llegar al hotel. El chofer nos informó que pasaría por nosotros en una hora más para asistir a la comida de gala.

—¿De gala?

112

—No te preocupes —dijo Antonio—, puedes quedarte en el hotel.

No iba a dejarlo solo, así es que con lo mejor que encontré —blue jeans limpios, polera negra y zapatillas— me presenté en el restaurante del borde costero. Conversé con muchas personas que debían tener la edad de mi papá y todos me trataron con condescendencia. Antonio no hizo otra cosa que guiñarme un ojo cada vez que me miraba hablar con esos viejunos. Se veía tan guapo con sus pantalones de cotelé y camisa a cuadros, que fantaseé toda la noche con un nuevo beso.

No pasó. Nos dijimos adiós en la puerta del restaurante.

Como si nunca hubiese ocurrido nada entre los dos, al día siguiente volvimos a subirnos a un nuevo tren. Antonio le pidió al chofer de la camioneta que lo ayudara con los equipos, por lo que anduvimos con chaperón el resto del día. Sacamos miles de fotos, y hubo una puesta de sol tan impresionantemente naranja y redonda, que nos quedamos en la estación y disparamos doscientas veces o más. El chofer desapareció en algún momento y nosotros nos quedamos parados, clic, clic, clic.

El resultado fue el esperado: beso interminable, tensar y soltar; su lengua y la mía; sus manos en mi pelo,

las mías en sus rulos; un «te ves linda» dicho al oído y sus dedos recorriendo mis mejillas; mi abrazo tímido y mi cabeza acurrucándose en su pecho; su boca volviendo sobre la mía y mi boca abriéndose a la suya; el olor a marraqueta en su chaleco de lana y cuello subido, y mi cursilería de querer otro más y otro más. La tarde cayó y dio paso a la noche y me sentí libre, feliz.

En algún momento de ese atardecer immortalicé nuestra imagen en una fotografía: los dos recortados por la pampa con la libertad de besarnos todas las veces que quisimos. Antofagasta se sumergió en una noche fría de desierto y nosotros seguimos besándonos a la luz de las estrellas.

113

Cuando llegamos al hotel sentía vértigo. Esperaba alguna declaración, un «te quiero», un «pololeemos», un «no puedo vivir sin ti», pero mis expectativas se frustraron de inmediato. Antonio no se bajó de la camioneta.

*What?*

Se despidió y me recordó que nuestro avión partía al día siguiente a primera hora.

## Héroe

114 Durante mucho tiempo Antonio pensó que su vida sería heroica. Heroica y alegre. Alejada del drama y cercana al éxito, llena de eventos espectaculares que le darían la posibilidad de demostrar su grandeza. Eso dijo. Estábamos en el primer tren al que subimos juntos, el día después de mi llegada a Antofagasta.

—¿Un héroe? —pregunté sonriendo.

—No es para la risa.

—No me estoy riendo —me excusé.

Pensó que la vida le daría una oportunidad para demostrar su coraje, una fortaleza que, estaba seguro, tenía de sobra.

—Sigues sin creerme —contestó.

—Ajá.

—A mí me gustaría que fuera mentira, pero no. Ya no.

Y pasaron los años y todavía no ocurría ningún evento de tal naturaleza. En cambio, su mamá se enfermó de cáncer y cuando lo supo, contra todo pronóstico, se acobardó. Ella no quiso tratarse, decidió esperar a que le llegara la muerte en su casa, con su rutina y sus cosas.

—¿Por qué?

—Supongo que no quería entrar en el circuito de clínicas, escáner, muestras de sangre, doctores, enfermeras...

—No sabes cuánto la entiendo —dije.

—Un día no se levantó más. Estaba pálida, ojerosa y tan delgada que se le marcaban los huesos. Supe que se iba a morir y no pude aceptarlo. Inventé una excusa cobarde y partí a la Patagonia. Saqué fotos ridículas llenas de atardeceres... desesperé. Crucé a Marín Balmaceda con la idea de sacar fotos a las ballenas y toninas. Llegué con un sol radiante, el único que hubo mientras estuve ahí. En cambio, una tormenta de viento y lluvia me acompañó durante semanas. Me ofrecieron trabajo como ayudante de guardaparque y lo acepté. Necesitaba ese contacto solitario con la naturaleza. Recibir la barcaza que traía a un par de científicos suecos una semana, recoger información sobre el comportamiento de los pingüinos, la otra. Nada sustancial. Podrían haber prescindido de mi ayuda, lo sabía y ellos también. Yo era el vulnerable. Mi mamá se estaba muriendo en Santiago, ¿qué más podía hacer? Me levantaba al alba y me acostaba tardísimo. No había minuto en que no pensara en ella, en la vida que se le iba y en mi necesidad de esconderme. Un día me ubicaron por radio para contarme que estaba inconsciente, que me apurara si quería verla con vida. El tiempo se detuvo. Hasta ahí llegué. Tardé una semana en volver a Santiago.

115

\* \* \*

Llegó a recibir abrazos y llantos de una parentela que lo miró con malos ojos. Su madre estaba enterrada hacía dos días. Poco después, su padre vendió la casa y se fue a

vivir a Maitencillo. No lo invitó, y tampoco hubiese ido, dijo. Era hora de emigrar. Encontró trabajo en el instituto, buscó un departamento en el centro y cada mañana se preparaba un café mientras leía el diario. Se volvió serio. Mandó a hacer una repisa y puso sus libros más queridos, instaló unos parlantes en el living y a veces escuchaba música mientras fumaba. Con su primer sueldo compró unos maceteros para la terraza, un cubrecama de mezclilla y unos cojines rayados. La vida que nunca quiso tener le llegó por cobardía. O, quizás, fue su derrota.

—Decidí rendirme, dejar de esperar esa obra maestra que no llegaba. Enterrar mis ganas por la foto perfecta. Me convencí de que no existía. Que estaba en mi cabeza, igual que la fantasía de superhéroe, y dejé de luchar e hice como muchos: me puse a trabajar con horario y sueldo fijo a fin de mes.

Así estuvo casi un año.

Una noche especialmente clara, se sentó en la terraza y fumó un cigarrillo, después otro y otro y otro. La luna parecía un queso y se le ocurrió pensar que algún día estaría tan cerca que podría retratarla, que se hundiría en esas oscuridades, en lo insondable detrás de ese espacio ahuecado. Quizás aprendería a bucear y buscaría a las criaturas más extrañas que habitan en lo profundo. Sumergirse, pensó. De pronto se dio cuenta de que se ahogaba. Respiraba, sí, pero no le entraba aire.

Terminó en una clínica con una bata desechable y, mientras respiraba gracias a una mascarilla, le comunicaron que estaba obstruido debido a un cuadro asmático agudo. Entonces comprendió que necesitaba un cambio. No bastaba con pagar sus cuentas y tener un

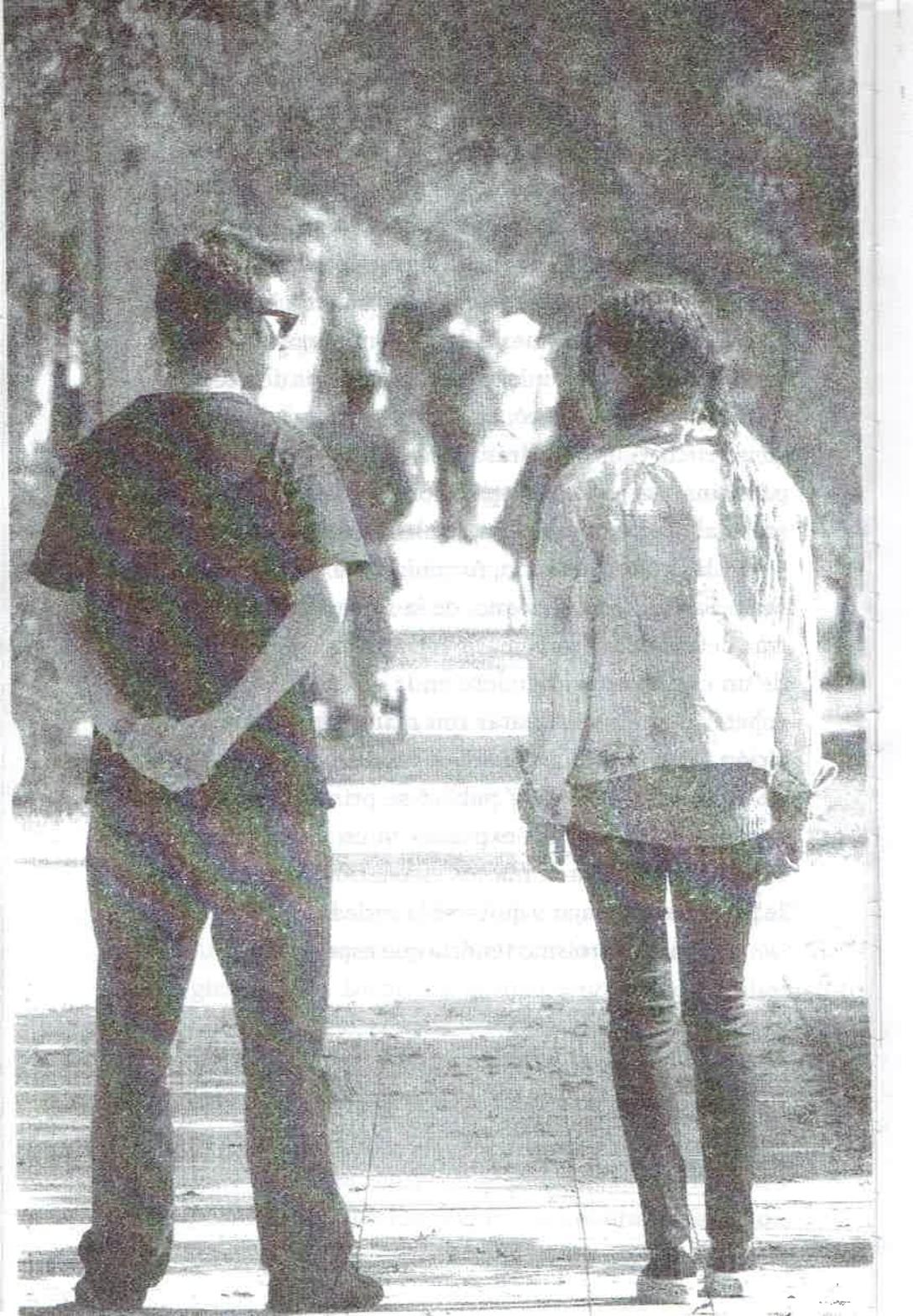
bonito departamento. Algo olía mal. En algún punto se había perdido. Y lloró. Sí, por su vieja a la que abandonó, por su viejo que lo despreciaba, y se sintió merecedor de lo que le estaba sucediendo. Detestable y desechable, pensó, pues, ¿qué había hecho? ¿Qué grandeza justificaba toda su pequeñez? Lloró como si fuera el mismo cielo que llovía. Y volvió a su departamento con un arsenal de inhaladores. Sacó el cubrecama de mezclilla y lo tiró por el incinerador. Una suerte de rito de iniciación. Comenzaría de nuevo.

117

Tuvo la suerte, contó, de que una semana después llegó un circo. A dos cuerdas de su edificio, en un descampado, instalaron una carpa y con ella llegaron los payasos, malabaristas y unos increíbles mellizos trapecistas.

En la primera función, Antonio supo que se había salvado. Sacó fotos del enano, de la mujer lavando su disfraz detrás de un carromato; retrató las carpas, el humo de un cigarrillo perdiéndose en la oscuridad, el hombre cohete, los niños acróbatas con mallas de colores en posición de saludo, el perro vivaracho que comía las sobras de cabritas en el suelo. Y publicó su primer libro. Tiempo después, su trabajo fue expuesto en un museo. Entonces le llovieron ofertas de nuevos escenarios, fotografías que le permitieron viajar y quitarse la seriedad.

Aunque el heroísmo tendría que esperar.



## A fondo

Llegué del norte con la idea de concentrarme en la PSU. Quería entrar a la universidad y me apliqué con un riguroso plan de estudios, concentrando todas mis energías en ello. Bueno, las que quedaron después de Antonio. 119

Para contarlo rápido: la primera clase después de nuestro viaje, me puse unos jeans azules ajustados, una polera blanca de cuello V y una chaqueta de cuero negra que le saqué a mi mamá. Me veía más grande. Me sentía más segura. Y así entré a clases.

Antonio estaba ubicado al fondo de la sala y había sacado sus innumerables papeles inútiles. Lo saludé con un movimiento de cabeza. Él dijo:

—Nuevamente tarde, *señorita*.

Su hipocresía me dejó con la boca abierta.

La clase transcurrió sin novedad, hasta que para ilustrar el efecto de la luz proyectó fotos de trenes; no cualesquiera sino *nuestros* trenes; incluso peor, era ese tren de la tarde y la puesta de sol naranja. Hundí la cabeza, muerta de vergüenza y hecha toda nostalgia.

Antes de terminar la clase, dijo que por favor me acercara un momento. *Glup*. Esperé a que ordenara sus papeles inútiles y buscara esos «documentos de vital

importancia» que dijo tenía para mí.

—¿Te gustó?

—¿Qué?

—Cómo que qué, la clase pues.

—Ah, sí —sentí el corazón en la garganta y las manos como hielo.

Mis compañeros se habían marchado y no quedaba nadie en la sala.

—¿Y bien?

120

No supe qué contestar. Me miraba como un niño, alegre, riendo con los ojos.

—No sé.

—No sabe... —me trató de usted.

—¿Qué onda?

—¿Qué?

—¿Por qué me tratas de usted?

—Porque estás guapa, porque me gustas, ¿no puedo coquetearte?

Me sonrojé.

—¿Te gusto? —pregunté.

Estaba apoyado en la mesa y me tomó de las manos. Las acarició.

—¿Y esta chaqueta? —preguntó pasando las manos por el cuero de mis mangas.

¿Qué me atraía tanto de él?

—Aaah, la encontré por ahí —no quise confesar que era de mi mamá.

—Te ves linda —dijo y me besó.

—Mmm.

—¿Mmm? ¿Qué quieres decir?

—No lo sé —coqueteé.

—Hoy día la *señorita* no sabe nada —dijo, y pensé que me derretiría a sus pies.

Me dio otro beso, increíblemente suave. Un beso que me dejó mal. Un beso que se me quedó pegado y me siguió hasta mi casa y se mantuvo ahí mientras comía y escuchaba a mis papás hablar como a lo lejos y el beso seguía sobre mis labios. Me metí en la cama con la esperanza de verlo en clases al día siguiente y escuchar otra excusa tonta para retenerme en ese escenario semioscuro, para tomarme de la cintura, acariciarme y volver a caer sobre mis labios.

121

Con esa fiebre volví al día siguiente. Fue una clase práctica. Nos pidió que saliéramos a recorrer el instituto y sus alrededores. Un nuevo pretexto, porque cuando iba saliendo dejó caer su mano por mi espalda y dijo:

—Hay una ventana que quiero que conozcas.

Nos perdimos en una de las tantas escaleras y nos besamos como si faltaran minutos para que explotara el volcán Maipo y Santiago se transformara en una nube ardiente de cenizas y piedra pómez. Y estábamos en ese beso con vida propia cuando sentí un ruido a mis espaldas, me di vuelta y descubrí a un grupo de estudiantes subiendo por la escalera. Me separé de Antonio como fulminada por un rayo. ¿Lo habrían visto? Seguro.

Murmuré una excusa y corrí escalera abajo. Llegué a la sala, recogí mis cosas y escapé con toda la culpa del mundo a mis espaldas. Me veía llamada por el director o quien fuera que dirigía el instituto para dar explicaciones. Peor, imaginé que llamarían a mis padres para pedírselas y estaría obligada a contarles que me besuqueé con el profesor entre una clase y otra.

Me escondí en mi pieza. Quería hacerme humo. Llamé a la Ale, pero apenas contestó me di cuenta de que no podía contarle lo que estaba viviendo, ¿enamorado de un profesor? Además, ¿qué tipo de mujer lloriquea un año entero por alguien para correr a besuquearse con otro? Me encontraría demente, aunque en ese momento me sentía así, loca, desquiciada. Y aunque parezca contradictorio, en ese preciso momento y por una fracción de minutos, comprendí la distancia que había entre Álvaro y Antonio: la ficción que me animaba a ir detrás de Antonio y la persistencia con que permanecía el recuerdo de Álvaro. Busqué una excusa y le colgué. Los hechos eran incontestables: coqueteaba con mi profesor de fotografía, ¿cómo lo escucharían mis papás? ¡Pero no había coqueteado! Al menos, no intencionalmente. ¿Cómo explicarles? La culpa la tenían sus rulos, esa cabeza poblada de un enjambre de pelos desordenados que no sé por qué actuaban como imán, un toque mágico del que no era consciente. Sonaba rancio, ¿rulos culpables? *Give me a break!*

No obstante, eso había pasado. Como la realidad ilusoria de un mareo, como si hubiese sabido que iba a estar hundiendo mis dedos en ese pelo; como si de antemano, incluso antes del helado de manjar bañado en chocolate que me tomé con mi abuela, hubiese sospechado que Antonio iba a formar parte de mi vida.

Oírme pensar toda esa cantidad de excusas me hizo sentir peor que imaginar la cara de mis padres. Me había besuqueado con un profesor ¡en clases! Y eso era feo dicho en cualquier idioma.

Antonio me llamó. Me preguntó si quería acompañarlo

a su casa y le dije que sí. Así es que así eran las cosas: me desesperaba sola para luego correr a sus labios.

Treinta minutos después, me esperaba abajo. Salí del edificio convencida de que hablaría con él, le diría que lo dejáramos hasta ahí, que era demasiado arriesgado para los dos, que si nos pillaban lo despedirían y, de pasada, a mí me echarían del instituto. Además, y esto no sé por qué, intuía que Antonio tenía a alguien. Nunca habíamos hablado del tema, pero era tan obvio. Todo eso pensé... y lo olvidé en el preciso instante en que me subí al auto y me sonrió de esa manera tan particular y quise caerle encima a besos.

123

—Estás preciosa —me dijo cariñoso.

Su voz. ¿Les dije que la voz de Antonio estaba hecha para mí? Literalmente, tenía algo que me embrujaba.

Estacionamos cerca del cerro Santa Lucía, a una cuadra de su departamento. Una vez que entramos, Antonio me abrazó y yo dije:

—Tenemos que hablar.

—¿Sí? —preguntó, y me besó el cuello, los labios. Repitió:

—Estás preciosa.

—Antonio...

Siguió besándome y así recorrimos la pequeña sala y luego el pasillo hasta llegar a su pieza. Derechamente, nos tumbamos sobre su cama. Rápido y sin soltarme del todo, echó a un lado la ruma de papeles y revistas que había encima. Reí de nervios, de excitación. Me desabotonó la blusa, tirité al sentir sus dedos. Quería hacerlo y también no.

—¿Qué pasa?

—No sé —dije y me perdí.

Todo fue tan rápido, demasiado.

\* \* \*

Hay cosas de las que no podemos arrepentirnos, que son para siempre, eso lo aprendí esa tarde. Una huella que no se borra, que no podemos echar atrás y olvidar. Jamás podría rebobinar.

124

—Estás tan linda, ¡mira! —dijo Antonio acercándome un espejo. Miré mi cara, mi pelo y sentí un nudo en la garganta.

Entonces, me acunó y me besó en la frente, en la cabeza, en las mejillas.

—Tengo que irme —mentí.

—¿Quieres que te lleve?

—No... mejor que no.

—¿Qué te pasa?

—Nada —volví a mentir.

Me vestí rápido, salí de su casa y caminé lo más ligero que pude con mis muletas, mi pena y mi desconcierto. Me sentía fuera de mi mundo conocido. Envejecida, ajena a mis amigas, a mis padres, a mi abuela. ¡Mi abuela! ¿Qué pensaría si pudiera verme? Sentí los pies de lana y un vértigo mareador. Una y otra vez intenté hacer a un lado la imagen de Antonio tendido sobre la cama. Las luces de los autos me encandilaron. Lloré, a ratos lloré. Algunos me tocaron la bocina, caminaba tan cerca de la calle...

## ¿Final feliz?

No volví a ver a Antonio por unos días. Una mezcla de pudor y desosiego me revolvió el estómago. Falté a clases el martes y en la tarde me llamó al celular. No le contesté. ¿Qué podría decirle? Tampoco quería escucharlo. No aparecí miércoles ni jueves, me llamó por lo menos diez veces y tampoco le contesté, pero cada vez que sonaba el celular se me apretaba la garganta.

125

El viernes me mandó un mail. Decía que no se arrepentía de nada, que esa tarde a solas conmigo valía más que mucho de lo que había hecho en su vida. «Tu beso fue un sueño, una promesa de tantas tardes que compartiremos juntos. Y te pregunto, ¿qué harías si estuvieras en mi lugar? ¿Esconderte? No me pidas que lo haga, por favor. No me pidas que me exponga a un beso con manos atadas. Déjame quererte».

Leí ese párrafo a lo menos veinte veces, pero no le contesté. Tenía la sensación de haber comprendido algo de mi propia vida y no sabía bien qué. Era evidente que algo había cambiado en mí, pero tampoco tenía claro qué era. Como una puerta abierta ante unos ojos cerrados. A ratos tenía pena y sentía el abismo bajo mis pies. Álvaro. Pensar en él era quizás más doloroso que recordar a

Antonio. Volvía sobre su estampa alzada entre mis amigas en el cementerio. Sus ojos queriendo expresar tantas cosas que no dijo ese día. Pensé que finalmente yo sí había enloquecido... ¿quién podía acostarse con un hombre y seguir pensando en otro? Estaba loca, seguro. Porque de Álvaro pasaba a Antonio y sentía unas ganas irresistibles de llamarlo, de decirle que lo deseé desde el momento en que se le cayeron los primeros papeles en clases e, inmediatamente, ganas de esconderme dentro del clóset, como cuando era chica y me llevaba mi almohada y dormía ahí dentro.

Así es que falté la siguiente semana también. Mi mamá fue la primera en darse cuenta.

—No has ido a clases... —dejó caer a la hora de comida.

—No es necesario, estamos trabajando en el proyecto personal —mentí.

—¿Quieres que lo veamos juntos? —interrumpió mi viejo y sentí vergüenza de mentir tan descaradamente.

Asentí. Después de comida nos sentamos en su escritorio a ver mis fotos. La carpeta «Desierto» contenía seis mil fotografías. Mi papá las fue pasando en silencio. Quizás, sorprendido.

—Has estado extraña últimamente —dijo de pronto.

—Lo sé —contesté. Acto seguido, me puse a llorar.

—Para mí tampoco ha sido fácil, Laura —y entendí que hablaba de mi abuela.

Mi viejo me abrazó. Nos quedamos mucho rato en silencio mirando las postales del norte.

Mi mamá, en cambio, supongo que no estaba de humor para duelos. A la mañana siguiente, mientras tomábamos desayuno, dijo secamente:

—Has faltado suficiente a clases con esas vacaciones que te diste en el norte.

—No fueron vacaciones, mamá —la corregí.

—Lo que fuera, faltaste más de una semana y con esta serán dos. No quiero que pierdas tu curso de fotografía, ¿entiendes?

Entendía y tenía razón. No lograría nada escondiéndome en mi casa, así es que me fui al Lucafé y me pasé el día ayudando a Ricardo y tomando fotos. La borra fue el tema de esa tarde. Con su prótesis *high tech* Ricardo había recuperado su vida, y como él nunca pensaba en pequeño, se estaba preparando para correr un maratón. Lo retraté en el momento en que me dejó detrás de la barra para ir a entrenarse, vestido con polera, shorts y zapatillas.

127

\* \* \*

Aparecí por el instituto el lunes siguiente, con el estómago revuelto. Era inevitable. Me senté en la última fila, mirándolo con recelo. Antonio me devolvió una mirada llena de ternura. Es difícil explicar la emoción que me provocó, y para no hacerle frente, dejé la sala poco antes de que terminara la clase. Pero me alcanzó en el pasillo.

—¡Hey! Te fuiste...

—... es que... no sé.

—Por favor, Laura, conversemos un rato.

Salimos, atravesamos Providencia y de repente caminábamos junto al río. Una brisa de primavera limpiaba el aire de Santiago. Antonio me tomó la mano y me dijo: no te vayas. Le dije: tengo miedo. Contestó: no lo tengas; no te haré daño. Seguimos cerro arriba y nos sentamos

en un jardín mirando la ciudad. Te extraño, me susurró al oído. Yo dije: lo sé, pero no quiero volver a hacerlo. Antonio me acarició las manos con suavidad. Me preguntó: ¿sabes lo importante que has sido para mí? No, le dije, no lo sé. Pero lo que sí sabía era que en mi vida habría un antes y un después de él.

Estábamos tan cerca, su boca me rozaba el pelo y sentía el temblor de sus manos.

—Déjame quererte —pidió.

128

Volvimos a su casa y no escapé llorando esa vez.

Más tarde, me mostró los retratos que estaba preparando; podría decirse, sin exagerar, que era una retrospectiva de su trabajo. Ahí estaba el viejo alemán pasado de moda con su abrigo de pelo de camello, una joven rusa lindísima y gigante, unos tailandeses con sus sombreros de paja. En su entusiasmo, me invitó a ayudarlo en su próximo proyecto.

—Podrías acompañarme a Europa, tengo que volver a Berlín en mayo —dijo.

—Y yo tengo que entrar a la universidad —reclamé.

—¿La universidad?! ¿Para qué vas a perder tiempo? Eres una fotógrafa muy talentosa.

—Quiero estudiar Letras.

—Aun así, podrías viajar conmigo.

—No sé.

Se rio.

—Así es que la *señorita* vuelve a no saber —dijo acariciándome el pelo.

No sabía. Estar junto a él era una montaña rusa, pura incertidumbre. Y sin embargo...

## Descuentos

—¿¡Y qué pasó!?! —preguntó la Ale.

Mis amigas se acomodaron. Había hablado durante tres horas seguidas.

—¿Qué pasó con qué?

—¡Con Antonio!

—Uf, tantas cosas que no sabría por dónde empezar.

—Bueno, pero, ¿por qué se separaron? —preguntó la Flo.

—Para contarlo rápido: tenía novia.

—¡Qué caradura! —dijeron.

—Sí, aunque ese tampoco fue «el» motivo. Es decir, era tan evidente que tenía a alguien, siempre lo sospeché, y por otra parte, cuando lo descubrí, fue tan inesperado. Un balde de agua fría y una vuelta a la realidad. Fuerte.

Antonio estaba comprometido de una manera bastante extraña, se podría decir, con una artista plástica que casualmente andaba de viaje mientras estuve con él. Un día me la topé en su casa. Había ido a sacar unas fotos al barrio Brasil, nada del otro mundo, pero me sentía segura, no sé, la fotografía comenzaba a llenar un espacio importante para mí, un momento a solas. Me dejaba llevar, caminando sin un objetivo puntual y de repente —siempre había un de repente—, esa tarde, saqué unas fotos especialmente bonitas.

Quería mostrárselas y se me ocurrió pasar a verlo. Y ahí estaba ella. Nada más que decir. No hubo mala cara, ella ni siquiera se interesó en saber quién era yo. ¿Para qué? Probablemente no era la primera vez. En cambio, para mí todo era primera vez. Me sentí tan tonta e hice el ridículo pidiéndole explicaciones frente a ella. La tipa me miró con curiosidad, todavía en pijama y a pies pelados encima de la cama de Antonio. Él trató de calmarme, me tomó por los hombros.

—Suéltame, ¿quieres?

130

—Déjame presentarte a la Sofía —dijo.

—¿Te volviste loco?

Salí de su casa furiosa. Antonio me alcanzó en la calle y me dijo un montón de cosas que no quería escuchar, que la Sofía «era como su hermana».

—No parecía precisamente una hermana —dije irónica.

—No, no en ese sentido, sino que la conozco desde que era chico. Crecimos juntos prácticamente.

—No me interesa.

—Déjame explicarte, Laura, por favor.

—¿Qué me vas explicar? ¿Que soy el intertanto mientras ella te deja solo?

—No es de esa manera...

No me imaginaba de qué otra manera podía verse algo tan evidente y seguí caminando.

—La Sofía estuvo conmigo en los momentos más oscuros —seguía contando.

—Me muero de ternura.

—Laura, por favor, no seas hiriente, escúchame.

—¿Es que realmente no entiendes? ¡No tienes excusa! —chillé, pero él no paró de hablar mientras seguí ale-

jándome, y me sentía cada vez más tonta, más niña, más burlada. En algún momento, me frené en seco y le pedí que me dejara, que quería estar sola.

—¿Me llamarás, no es cierto?

Le dije que sí, porque me tenía tomada del brazo y en sus ojos había una expresión demencial que me asustó.

No lo volví a ver durante mucho tiempo. Tenía tanta rabia. Me llamó muchísimas veces, me escribió cientos de mails; incluso, un día pasó por mi casa y dejó un ejemplar del libro de trenes nortinos junto a una caja de chocolates y un ramo flores que se fueron directo al basurero.

131

No volví a pisar el instituto. Me iba al Lucafé a trabajar toda la mañana. Ricardo, como siempre, me acompañó. Conversamos mucho y creo que recién en ese momento todo comenzó a decantar: el accidente, la muerte de mi abuela, la situación de mis papás y sus peleas infinitas, y también Antonio y Álvaro.

Poco a poco, la imagen de Álvaro volvió a hacerse presente. No como esa tonta fantasía de rescate que tuve alguna vez, sino como el hombre con el que podía ser yo misma, sin poses, sin estridencias. Con él no había caída libre hacia el abismo, sino pura calma.

Antonio me había roto el corazón. Lo hizo añicos, literalmente, me quebró la ilusión, algo infantil e ingenuo que nunca más recuperé. No sé si es necesario pasar por algo así, no sé si todos deban enamorarse de esa manera alguna vez, pero fue el golpe que necesité para despertar.

La fiebre se había ido y veía claro. Y ahí estaba Álvaro. Ahí estaban sus ojos oscuros, ahí estaba la tranquilidad con que caminaba. Comprendí que era esa forma suya la que me hacía sentir tan tranquila a su lado, la que hacía

tan intenso lo que sentía por él. Por eso, aunque supe que no sería fácil olvidar lo ocurrido con Antonio, me propuse recuperar a Álvaro.

\*\*\*

132

El curso de fotografía lo aprobé con la mejor calificación de la clase, aunque no puse un pie en el instituto. Recibí el diploma por correo certificado junto con una carta de Antonio en la que reiteraba su intención de trabajar conmigo. La rompí en mil pedazos y a la basura. Tiempo después se organizó un asado en la casa de uno de mis compañeros de curso y, como gran cosa gran, me contaron que habían invitado al «profe». No fui. Me encerré a estudiar y esta vez sí que concentré todas mis energías en eso.

Los mails y llamadas de Antonio se fueron distanciando. Pero. Un día llegué a mi casa y estaba en el living conversando con mi viejo. Casi me desmayo. De hecho, fue tanta la impresión que pasé de largo. Mi papá me llamó desde el living.

—¿Qué? —me asomé por la puerta de la cocina.

—Tu profesor vino a verte, quiere saber cómo sigue tu recuperación.

Lo miré con ojos asesinos, ¡qué caradura!

—¡Insólito! —dijo la Ale.

—Sí, más que insólito. Me imagino que mi indiferencia resultó ser una falla en su sistema de conquista, que nunca se imaginó que lo abandonaría. No lo sé. Pero mi papá no me dio la chance de escabullirme. Hasta tuve que ofrecerle algo para tomar.

—Papá, estoy segura de que el profesor no quiere nada.

—Es verdad —contestó él.

Mi papá debe haber captado que algo pasaba entre nosotros dos, porque se excusó rápidamente. Claro que antes me mostró el libro de fotografías.

—No me habías dicho que ya lo tenías —dijo mi viejo.

—Es que lo perdí —tuve que decirle con un nudo en la garganta. No me gustaba mentirle.

—Está realmente bueno, Laura. Te felicito.

No contesté. En cambio, tomé de la mano a Antonio y le dije:

—Vamos, te acompaño hasta la puerta.

Lo odiaba y me odiaba a mí misma por ese mundo que permanecía oculto y me alejaba de mi padre.

—Deja de perseguirme, ¿quieres? —lo increpé apenas llegué a la puerta.

—Créeme, no te he perseguido —dijo.

—¿Es broma?

—Vine para dejarte un ejemplar.

—Ya me mandaste uno, ¿se te olvidó?

—Lo sé, Laura, pero calma, déjame explicar... —no terminó de decir.

Me paré en seco. Sus ojos estaban especialmente encendidos y ni qué decir de sus rulos.

—Por favor —pidió.

Me estremecí. Tenía razón mi abuela Carmen, las cosas duran lo que duran y pasan cuando tienen que pasar. Lo nuestro no había terminado del todo, aun cuando quisiera mantenerlo lejos.

—Está bien —dije. Salgamos a caminar.

Quizás nos merecíamos una conversación. Y me hizo

bien escucharlo. No sé si fue totalmente honesto con sus sentimientos ni si lo que dijo correspondía a la verdad de los hechos. No importa, agradecí la charla. Y puede que haya pecado de ingenua, porque le creí cuando dijo que me echaba de menos, que lo nuestro había sido especial. Que no había sido una aventura, dijo. Le creí. Para mí, claramente, no lo había sido. De una manera ingrata, pagué mi noviciado y, de paso, perdí la inocencia. No fue bonito. Pero no todo fue tóxico tampoco. Antonio quedará inscrito en mi historia como alguien que me ayudó a crecer, aunque fuera a porrazos.

Caminábamos por el parque a unas cuabras de mi casa cuando me pidió que le diera otra oportunidad. Quería invitarme a trabajar con él en Berlín, un proyecto puntual, dijo. Se trababa de recuperar rostros, no una relectura de su primer trabajo, sino los rostros de la vanguardia artística.

—Te va a gustar, Laura.

—Lo sé —contesté, pero había sido un año especialmente duro como para resistir un nuevo terremoto en mi vida. Necesitaba calma y creo que él entendió.

—Laura, lo de Sofía...

—Ya no importa —lo corté secamente.

Tuve la claridad de que no lo olvidaría, de que esa historia ya formaba parte de mi propia historia. Y la asumí con cariño, igual que a ese loco año de duelo.

De cuando en cuando, recibo algún mail o llamada suya. Hace poco volvió a invitarme a Berlín. No pierde las esperanzas.

—Pero, ¿sigue con ella?

—No lo sé. Y tampoco me interesa preguntar.

preocupa lo que pasa con las artes visuales, la literatura o la música. Todavía revisa revistas y se le ocurren temas de interés cultural, cosas que escribe y deja apuntadas en su cuaderno de notas. Probablemente, en el futuro hará algo con ellas. O tal vez no. Quizás vivirá siempre con ese tic de subrayar y apuntar las cosas que lee; entretejer historias, buscar el relato que esconde cada realidad.

136

Tampoco fue nada sencillo el duelo por la muerte de mi abuela. Para ninguno de los tres. Mi viejo sufre, todavía llora, pero también hace cosas que lo llenan en otros niveles: tiene tiempo para leer, saca a pasear al perro, escribe. Lo he visto teclear en las tardes. A veces me asomo a su escritorio y se detiene unos segundos, dice que prepara sus memorias. Me da risa, porque en esos momentos lo veo tan reconciliado consigo mismo. A mi mamá le falta para eso. Lo mismo que a mí. Aunque pelean menos y ya no me dan ganas de ser invisible para desaparecer de la mesa cuando estamos comiendo juntos. Podemos conversar. A veces ella ríe con ganas y me da ternura y me ilusiono creyendo que todo volverá a ser como antes, aunque nada sea igual.

Mi entrada a la universidad estuvo bien. Nada parecido al glamour que imaginé cuando estaba en el colegio ni durante ese año en el que añoré la vida universitaria que tenían todas ustedes. De hecho, en muchos aspectos ha sido más interesante trabajar en el Lucafé con Ricardo que asistir a clases. Aunque estoy en un campus más grande, con una biblioteca que se quisiera mi papá y eso ha sido bueno. Eso, y volver a ver a Álvaro.

Sí, me lo he topado en la universidad. La primera vez me puse tan nerviosa que me escondí. No quería que me

viera. La segunda, fue él quien se acercó. Ni siquiera lo vi venir. Se sentó al frente mío, en la biblioteca. El corazón se me fue a la garganta.

—¿Qué tal? —me dijo.

—Aquí estamos.

Ese día conversamos mucho, pero fuimos cuidadosos. No quisimos estropear una nueva posibilidad. Quién sabe. La *politesse*, Laura, la *politesse*, como decía mi abuela. A veces es mejor manejar ciertas distancias.

137

\* \* \*

Era tarde y me esperaban en casa para comer. Así es que me despedí de mis amigas.

—¿Quieres que te lleve? —me ofreció la Ale.

—No, prefiero caminar.

Nos abrazamos en la puerta de su casa.

—Aquí mismo fue donde le gritaste a Álvaro, ¿te acuerdas?

—Sí —dije—, aquí mismo.

Parecía que hubiesen pasado miles de años desde esa fiesta, pero apenas había trascurrido poco más de dos.

El cielo estaba rojo, como en llamas, un atardecer después de la lluvia, cuando el sol se hace un espacio entre las nubes. Ni siquiera alcancé a darme cuenta de que sería el escenario ideal para encontrarme con Álvaro, hasta que me tocaron la bocina.

Él.

Lo primero que se me ocurrió pensar era que mi abuela Carmen por fin se acordaba de su nombre.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A mi casa, vengo de donde la Ale —dije, excusándome porque él vivía a dos cuadras.

—Me imaginé.

—¿Me llevas? —le pedí.

Tenía puesta la radio y sonaba una música tranquila.

—¿Y en qué andaban?

—Poniéndonos al día, tanto que decir...

—Bueno, no te tocó fácil.

Hubo una pausa.

138

—¿Qué nos pasó? —le pregunté y cerré los ojos.

No sé si quería escuchar su respuesta.

—Tuvimos mala suerte... ¿no crees?

—No me refiero a eso.

—Lo sé, Laura.

—¿Todavía piensas que debimos partir con un abrazo? —le pregunté.

—Ay, Laura —dijo.

—A veces pienso que tenías razón. Perdóname.

—No tengo nada que perdonarte, supongo que cada uno tuvo sus razones para estar lejos.

—De todos modos, quería que lo supieras.

—¿Alguna vez me contarás qué pasó contigo y ese tal Ricardo?

—¿Ricardo? ¿Qué tiene que ver él?

—No sé, se veían tan cercanos...

Quizás había esperanzas.

—Nos conocimos en la clínica y nos hemos hecho amigos. ¿Sabías que tiene un café?

—No.

—Podrías ir a verme, trabajo ahí lunes, miércoles y viernes después de clases.

—Así es que estás contenta.

—Se me quitó lo amarga —dije y le guiñé un ojo.

Álvaro hizo una mueca extraña.

Habíamos llegado a mi casa de jardín soleado que recuperamos unos meses después de la muerte de mi abuela. Se produjo un silencio incómodo. Estacionamos al frente, como tantas veces, y ahora parecía como si recién nos estuviéramos conociendo.

Álvaro miraba hacia la calle.

—Álvaro...

—Laura —contestó sin apartar su mirada de al frente.

—¿Crees que... —dejé la frase sin terminar.

Él tampoco dijo nada.

—Nos vemos —me despedí, finalmente.

—Nos vemos —respondió y me miró a los ojos.

Salí del auto y corrí hasta llegar a mi pieza, mi lugar seguro. Estaba tan convencida de que nuestra historia tendría otro final. Pero. Lo entendía, Álvaro necesitaba tiempo y estaba dispuesta a dárselo. Tal vez, yo también lo necesitaba.

Comenzaba a oscurecer afuera. Me acerqué a la ventana; nuevos nubarrones cerraban el cielo a esas horas, prometiendo convertir las calles en arroyos. No sé por qué bajé la mirada, y sonreí: el auto de Álvaro seguía estacionado al frente de la puerta.

1875

1875

1875

1875

1875

1875

1875

1875

1875

1875

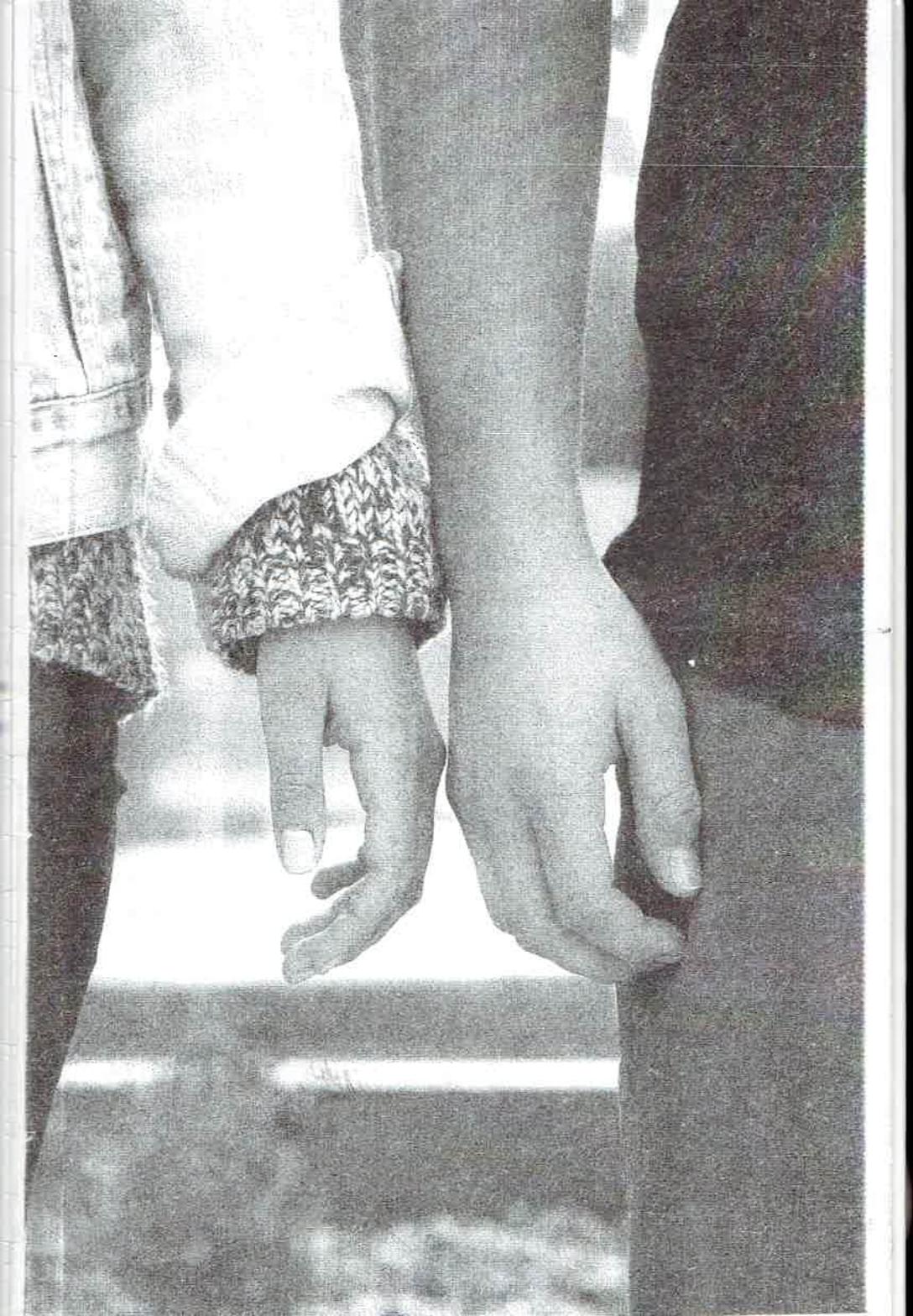
1875

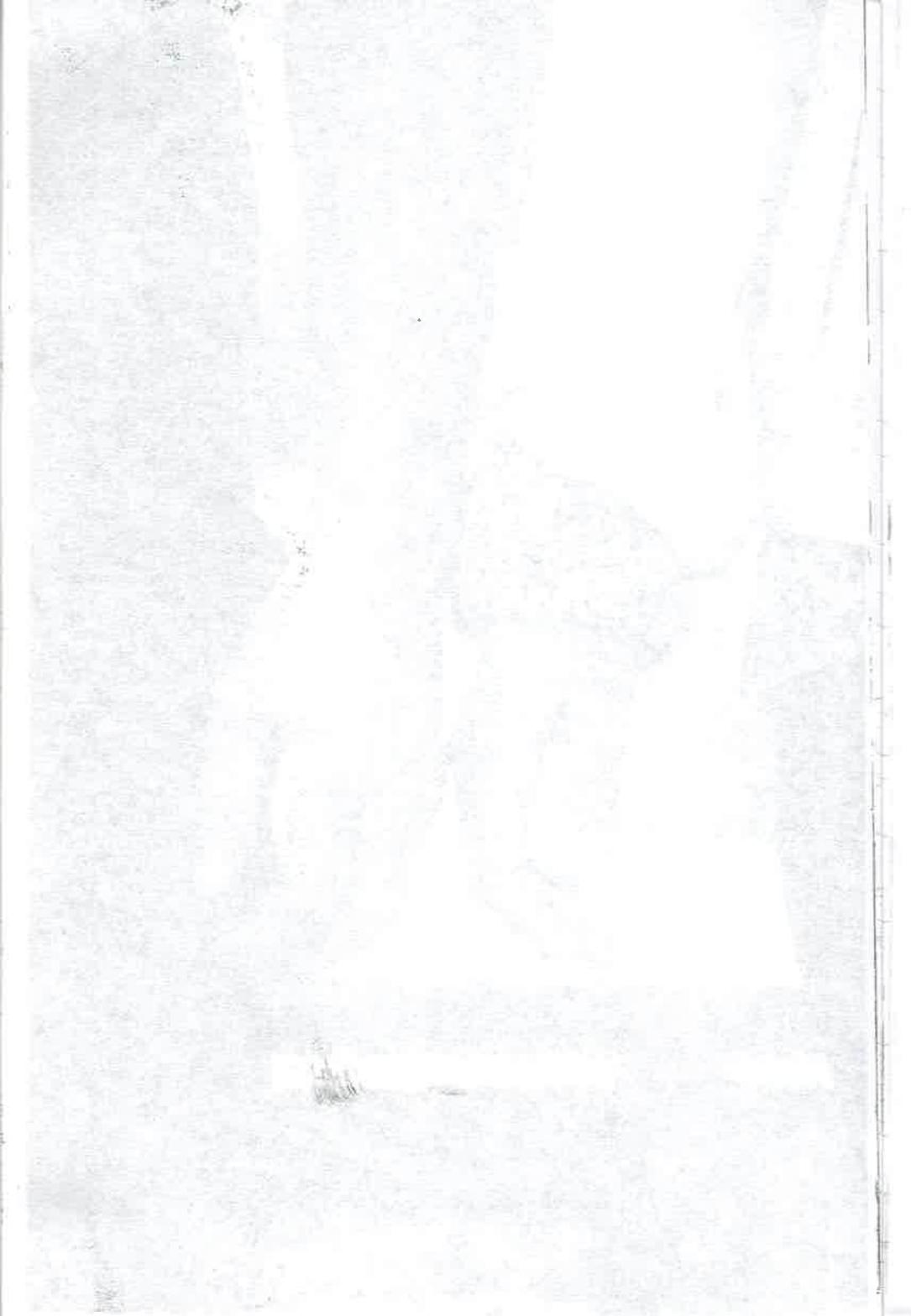
1875

1875

1875







# Índice

I	El camión	11
II	Ricardo	18
III	Flashback	25
IV	Injerto	30
V	Enredo	37
VI	Azulado	41
VII	Muletas	44
VIII	De nuevo	50
IX	Pérdida	59
X	Todo junto	68
XI	Señorita	78
XII	Abuela zen	86
XIII	Luto	94
XIV	Desierto	101
XV	Trenes	110
XVI	Héroe	114
XVII	A fondo	119
XVIII	¿Final feliz?	125
XIX	Descuentos	129
XX	Tanto que decir	135

Aquí acaba este libro  
escrito, ilustrado, diseñado, editado, impreso  
por personas que aman los libros.  
Aquí acaba este libro que tú has leído,  
el libro que ya eres.

9 789561 527805

ISBN: 978-956-15-2780-5

En un año difícil, Laura, la joven protagonista, sufre un accidente automovilístico que termina con todos sus proyectos. A partir de este quiebre en su vida, Laura comienza un largo proceso de recuperación no solo física, sino también espiritual, en el cual se enfrentará a sus peores temores y contradicciones, para terminar reconciliándose consigo misma.

**«Cuesta vivir bajo la sombra de los  
anhelos, un camino imposible para  
mí entonces.**

**Quizás si me hubiese resignado a  
no esperar. Pero. Esperaba, yo  
siempre esperaba».**